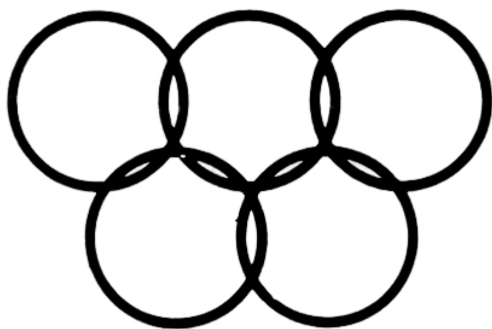
BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION

INDULTO EN LA PLAZA



Alex Simmons



COLECCION
DOBLE JUEGO





ALEX SIMMONS

INDULTO EN LA PLAZA

Colección
DOBLE JUEGO n.º 51
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

46 — El terror de los estadios, *Joseph Berna.*
47 — Sangre, oro y gloria, *Lucky Marty.*
48 — Asesinato en el hipódromo, *Alan Parker.*
49 — Ocho bajo par, *George Sound.*
50 — Falso campeón, *Lucky Marty.*

ISBN 84-02-09277 2
Depósito legal: B. 1.434 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: marzo. 1983
1.ª edición en América: septiembre, 1983

© Alex Simmons - 1983
texto
© Bernal - 1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona 1983

A Pilar,
con todo mi cariño.

El Autor

Primera Parte

EL NIÑO Y EL TORO

¡Ojo! ¡Que el toro viene! ¡Niño, despierta! Negro de noche densa, muerde la espuma; su cuerna tiene brillos de medialuna... ¡Corre, mi pobre niño! ¡Cierra la puerta!

CAPÍTULO PRIMERO

El toro alzó la cabeza.

Una luna redonda como un pandero, rodando sobre la recta línea del horizonte, plantaba la sombra del animal sobre el suelo sedoso de la dehesa.

El toro estaba en un claro y, como siempre, solo; estatua negra y viviente que rezumaba fiereza por todos los poros de la noche reluciente de su piel.

Se llamaba «Ermitaño».

Quizá le pusieron aquel nombre porque, desde pequeño, siendo solo un becerro, escapaba voluntariamente a la manada, al grupo, y que cuando los peones de campo azuzaban a los astados para que no acumulasen grasa echados bajo las encinas, él se adelantaba, huyendo de la estúpida sumisión de los otros toros, que se dejaban arrastrar por el monótono repicar de los cabestros.

El toro estaba allí.

Forma inmóvil, con las cuatro recias patas clavadas en la tierra, como sólidas y negras raíces.

Desde bastante antes de llegar a la cerca, «Manoliyo» vio al toro. El pecho del niño se llenó de calor. Y le saltó de los ojos un haz de chispas de admiración, de la misma forma que los niños de Creta, en tiempos olvidados, debieron experimentar lo mismo a la vista del colosal Minotauro.

«Manoliyo» dejó que sus piernas corrieran libremente mientras descendía la suave pendiente que conducía hasta la cerca.

Un poco más allá, a unos cincuenta metros de «Ermitaño», el resto de la vacada dormitaba, junto a las encinas; sombras de sueños y quimeras mitológicas. Cuando la silueta del niño apareció en lo alto de la loma, bañada de pleno por la fría luz de la luna, «Usero», un toro jabonero —con la piel blancuzca y manchada de grises— alzó la testuz, y sus ojos malignos clavaron una mirada colérica sobre la diminuta silueta.

«Usero» no podía dormir.

Había pasado un mal día y tenía los cuartos traseros salpicados de mataduras, allí donde se había frotado salvajemente contra el rugoso tronco de las encinas, a fin de paliar el irritante dolor que le habían causado las asesinas picaduras de los tábanos.

El toro estaba inquieto, molesto, nervioso. Su larga cola azotaba con obsesiva insistencia los huecos palpitantes de sus flancos.

Volvió la cabeza, y sus ojos inyectados de sangre miraron la alta y majestuosa silueta de «Ermitaño». No había, en el cerebro de «Usero», la menor sombra de temor hacia el otro animal.

Porque él era el jefe de la torada.

El otro no contaba. Era un solitario que vivía fuera de la órbita del grupo, como un raro, extraño satélite, cuya existencia fuera indiferente a los demás.

El niño venía cada noche.

Y «Usero» había terminado por acostumbrarse a aquella extraña ceremonia que se desarrollaba lejos del grupo, aunque en el fondo le irritaba, ya que entendía que su dominio territorial se debía extender a la totalidad de la dehesa.

No había pensado nunca enfrentarse con «Ermitaño». Habiendo vencido con facilidad los conatos de rebeldía de los otros astados, tenía clara conciencia de haber impuesto su indudable autoridad de jefe.

Pero, en aquellos momentos, quizá por lo irritado de su piel y porque el pertinaz insomnio le ponía de mal humor, empezó a considerar que las cosas habían llegado demasiado lejos, y que aquel toro solitario y díscolo debía rendirse, como los demás, a la natural jefatura que su potencia y bravura le habían dado.

Sacudió con mayor furia el largo látigo de su cola y, despacio, alzó sus cuartos traseros, poniéndose seguidamente en pie. El sentido de su propia fuerza acentuó la idea que se hacía del legítimo poder. Bajo la piel blancuzca, el jabonero gozó de la elasticidad de sus fuertes músculos y, bajando la testuz, abrió en la dura tierra un doble surco con las afiladas puntas de sus cuernos.

Mientras, el niño había llegado a la cerca.

Subiéndose al último tramo de madera, «Manoliyo» se agarró con ambas manos al más superior, en el que apoyó la barbilla. Y miró al toro, con sus grandes ojos llenos de luces.

También el toro miraba al niño.

De buena gana, como había hecho muchas veces, «Ermitaño» se habría acercado a la cerca para pasar por el rostro del «Manoliyo» sus húmedos y palpitantes belfos. Pero el animal respetaba aquella especie de ritual que se había ido estableciendo entre ellos, y no se movió.

Bajo la zurcida camisa, el corazón de «Manoliyo» latía precipitadamente. Una candela de orgullo se había encendido en sus negras pupilas.

El manso y suave arroyo de los recuerdos bañó la inquieta mente del niño.

Había, en aquel vago recordar, imágenes turbias, las primeras, ya que se remontaban a un tiempo en el que «Manoliyo» tenía apenas cuatro años o

un poco más —eso sí que no lo recordaba—; pero, a partir de entonces, quizá desde los cinco años, las escenas se habían ido grabando con una nitidez que permitían ser evocadas en cualquier momento como si estuviesen sucediendo entonces.

Tras haber degustado el inmenso placer que estaba experimentando, el niño se agachó, pasando con facilidad por entre los dos travesaños de la cerca.

En la masa sombría de la torada, bajo la piel del toro jabonero, un largo escalofrío de odio hizo vibrar hasta el último músculo. Fue como si hubiese sentido, de repente, la picadura de media docena de rabiosos tábanos.

* * *

Dobladas bajo el sol implacable, las mujeres escardaban. Y los hombres, menos inclinados que ellas, con los pies bien plantados en el suelo, las piernas ligeramente entreabiertas, las nudosas y ásperas manos apretando el mango, hacían girar el cuerpo en el pivote de su cintura que una apretada faja circundaba.

El cuarto de luna brillante de la guadaña, iba y venía con acompasado movimiento de péndulo, y la hoja afilada decapitaba los erguidos talles de la lucerna, que se desplomaban para acolchar el fresco abanico de la hierba segada.

El calor del sol se desparramaba como plomo líquido por la labrada piel del cuello de los hombres, curtiéndola sin encontrar más obstáculo que el pañuelo anudado, ennegrecido este por el sudor que había dado rigidez acartonada a aquellas camisas remangadas hasta los codos, allá donde, a veces, aparecía la zona blanca de los brazos.

Manuel Heredia levantó la cabeza y, con los ojos entornados, miró hacia el grupo de olivos, a las dos mulas trabadas que mordisqueaban los restos de la hierba que habían segado muy de mañana, al carro con las varas en el suelo y a la bota de vino que colgaba de una de las varas.

Vio también al niño que, sentado en el suelo, jugaba con el toro que él mismo le había hecho, trabajando como un negro, de la dura madera de un cepón.

Manuel se pasó por los labios secos una lengua tan seca como ellos. Saltó entonces su mirada hacia otro olivo, distinguiendo la silueta yaciente del mayoral.

Y sonrió, al pensar que Remigio debía estar profundamente dormido, gozando de la tranquilidad de saber que el amo, don Antonio de Hinojar, seguía en Madrid, y que no regresaría hasta la semana próxima.

Al pensar en Remigio, por una simple y fatídica asociación de ideas, Manuel volvió la cabeza hacia las mujeres, distinguiendo enseguida, junto a la suya, el amplio sombrero de paja que su hija «Mariquilla» llevaba

puesto.

Como si el implacable sol hubiera redoblado la violencia de su acción, el hombre sintió que le hervía la sangre, y se mordió los labios, con rabia y despecho.

—Eso lo tendremos que ver... —musitó con voz ronca.

Luego, decidido, dejó caer la guadaña y echó a andar hacia los olivos.

Ni siquiera miró hacia el lugar en el que descansaba Remigio. Tampoco miró al caballo del mayoral que este había atado a una rama.

La gruesa planta de sus pies descalzos pisaban indiferentemente los cardos y las ortigas de la porción de terreno que las mujeres escardaban. No tenía más que un par de alpargatas, que reservaba religiosamente para los domingos.

—¡Miseria de vida! —volvió a gruñir.

Pero la proximidad del vino le hizo olvidar muy pronto sus amargas reflexiones.

Se pasó la lengua por los labios resecos y cuarteados, pero cuando alargaba la mano para coger la bota, la vocecilla del niño, que jugaba junto al carro, le sobresaltó sin quererlo.

—¡Padre!

El hombre miró al pequeño.

—¡«Manueliyo»! ¿También tienes tú sed, corazón mío? Espera...

Descolgó la bota y, poniéndose en cuclillas, introdujo el pitorro entre los labios del niño después de hacer girar el tapón.

«Manueliyo» se puso a chupar como si mamase.

Se iluminó el rostro atezado del hombre, surcado por cien arrugas que el trabajo, el sol, el aire, y también la cólera, habían ido labrando en su piel.

—Pero... ¿qué jaces, Manué?

Retiró velozmente la bota de la boca del niño, se volvió y, alzando la cabeza, vio a su mujer, plantada ante él, mirándole con severidad y reproche.

—¿Es que no te da vergüenza? —le increpó ella—. ¿Quieres hacé de tu hijo un borrachín como tú?

El hombre se incorporó con lentitud.

—Er niño tenía sé, María.

—¡Pues que beba agua!

Fue en busca del botijo del que bebían las mujeres; luego, sentándose al lado del pequeño, alzó el recipiente hasta colocar en la boca de su hijo el fresco pitorro.

—Toma, arma mía, bebe... ¡mira que dar vino a una criatura de cuatro años! ¡Qué poca cabeza tienes, Manué!

Pero su hombre no la escuchaba.

Con la bota alta, dejaba caer el chorro en sus labios golosos, y el

líquido, al precipitarse directamente en el fondo de su garganta insaciable, producía un ruido intenso, como si Manuel estuviese haciendo gárgaras.

—¡No bebas tanto! —le recriminó su mujer echándole una ojeada aviesa—. ¡Con esta caló! Ya tendrás tiempo cuando volvamos al cortijo de hincharte a beber con tus amigotes.

Cortó el hombre el hilo resplandeciente del líquido, se secó los labios con el dorso de la mano y, tras haber enroscado el tapón de la bota, volvió a colgarla en su sitio, alejándose con paso presuroso hacia donde estaban los otros hombres.

—¡Mujeres...! —dejó escapar de sus labios con un tono de franco desprecio.

Porque las mujeres le habían traído siempre de cabeza.

Primero, su madre —que Dios la tuviera en la gloria— con aquella larga enfermedad que había empezado con un grano en el pecho y que se la había ido comiendo hasta matarla.

Luego María, su mujer, riñéndole de la mañana a la noche, especialmente cuando trabajaban juntos en el campo. Afortunadamente, las tierras que el amo dedicaba a la labranza no eran muy grandes y las labores terminaban enseguida. Y empezaba la vida libre, la que a él le gustaba. A caballo, con los otros, vigilando la torada, yendo y viniendo por la infinita extensión de la dehesa, oyendo el agradable son de los cencerros de los mansos, viendo crecer a los toros, seleccionándolos, cuidándolos como a las niñas de sus propios ojos.

—¡Ese sí que era un trabajo de hombres!

Volvió a empuñar la guadaña y la emprendió con la hierba, segándola con rabia, como sí, con la imaginación, estuviese decapitando la cabeza de muchos...

El vino no había sido suficiente como para acallar aquella voz de colérica protesta que solía oír cuando los efectos del alcohol no le alejaban de la realidad.

Y volvió a maldecir, en voz baja, dejando que la desesperación y la impotencia le apresaran en sus angustiosas redes.

—¡Maldita sea!

La vida no le había proporcionado una sola verdadera alegría. Hijo y nieto de braceros, no había conocido más que la escasez y la miseria.

De su niñez no guardaba más que un vago recuerdo de peleas y pedradas con los otros chicos del cortijo. Y luego, apenas tuvo siete años, el trabajo: a escardar con la madre, a coger uva en tiempo de vendimia, a robar leña por la noche. Y a pasar hambre, siguiendo con los ojos inquietos y ávidos los gestos de la madre que, junto a la mesa, sacaba del pobre puchero los mejores trozos para el padre, que tenía los riñones baldados de tanto trabajar.

Había hecho «la mili» en Jaén y, por un momento, cuando dejó por vez primera el estrecho universo del cortijo, creyó sinceramente que iba a liberarse, no regresando más a aquel lugar.

Pero si duros eran los hombres del campo y de la dehesa, más duros fueron los sargentos y cabos del cuartel. Y aunque tuvo la suerte de no ir a África —se vivían entonces tiempos de relativa paz con las furiosas «jarkas»—, sufrió como un condenado, estando las más de las veces arrestado, tratado peor que una mula, hasta que deseó, con todas las pobres ansias de su cuerpo maltrecho, regresar cuanto antes al cortijo.

Era ya medio novio de la María, hija de un bracero tan miserable como su propio padre, que trabajaba en otro de los cortijos del amo. Y al regresar, huyendo de aquel mundo que no había podido comprender y del que llegaba malparado, Manuel se sintió lleno de gozo, pareciéndole que la boda, en la que el vino corrió y, por una vez, se llenó el estómago, iba a ser el comienzo de una nueva vida.

Pero las cosas cambiaron por muy poco tiempo.

Calmado el deseo de su joven cuerpo, la ilusión se apagó y desaparecieron las luces que brincaban en sus ojos. Volvió la existencia gris, monótona, con la única alegría —quizá porque le ofrecía una mayor libertad— del trabajo con la vacada.

Y como todos los hombres del cortijo, como todos los desesperados como él, buscó en el vino la única salida a la negrura que le envolvía, la única cosa que deformaba la óptica miserable de cada día, limitando el funcionamiento de su pobre cerebro con un embrutecimiento progresivo que le hacía olvidarse de todo.

De todo, sí, de todo: de la miseria de su casucha, de lo poco que había en la mesa a la hora de la comida, de la interminable jornada de trabajo, de sol a sol, pensando a cada instante en el momento de regresar al cortijo para, sin pasar siquiera por la casa, ir de cabeza a la «cantina» de José el Vinagre.

¡Bien le caía el mote a aquel hijo de perra!

José el Vinagre, un hombre alto, cincuentón, seco como un sarmiento, con la cara marcada por una mala viruela que debía habérselo llevado al otro barrio, regentaba la «cantina», que era a la vez tienda y almacén, adonde había de irse, por la fuerza, a adquirir todo, ya que nadie tenía medios para trasladarse a Jinesilla, el pueblo más cercano, situado a siete leguas del cortijo.

Cada bracero tenía «su cuenta» en el establecimiento del Vinagre. Y como aquel hijo de zorra era el encargado por el amo de pagar los jornales, lo primero que hacía, cada sábado, era tomar lo que cada uno le debía y entregar el resto, unas miserables pesetas que se habían acabado antes de que el domingo concluyese.

Y vuelta a empezar. La cantinela de siempre: la mujer tímida que pedía, diciendo antes de salir de la tienda:

—Me lo llevo de «fiaó», señor José.

Porque encima, aquel hijo de mala madre, aquel despreciable ladrón, se hacía llamar «señor».

Llevaba el negocio el José con su socio, Remigio, el mayoral, gozando así de un privilegio del amo que, satisfaciendo a aquellos dos perros, ponía su confianza en ellos. Y podía ponerla. Porque el cortijo, bajo la férula implacable de aquella pareja de granujas, no necesitaba para nada la presencia del amo.

Le nació la niña un año después de casado. Y a los diez años, cuando ni se esperaba ni se deseaba, llegó el «Manueliyo», viniendo a empeorar las cosas, poniendo un nuevo y férreo eslabón en el pesado grillete que sujetaba los tobillos de hombre.

Alimentados por la rabia, los brazos de Manuel impulsaron la guadaña con mayor intensidad; siseó la hoja y saltaron las briznas de hierba a lo largo del abanico sedoso que se desplomaba en el suelo.

Y entonces, un relincho de pánico surgió del suelo como una perdiz asustada.

CAPÍTULO II

Se pararon todos, adoptando una inmovilidad de estatuas. Las mujeres alzaron la cabeza cubierta por los resecos y agujereados sombreros de paja. Junto al carro, las dos mulas empezaron a cocear, brincando con las manos atadas.

Saliendo del sopor de su largo sueño, Remigio se sentó en el suelo, mirando a un lado y a otro, todavía confusas y lentas las entendederas.

Apareció entonces una densa polvareda al final de los olivos. Y de cada garganta, con el mismo tono angustioso en la voz, surgió el mismo grito desesperado:

—¡Los toros!

Empezaron a correr las mujeres, arrastrando las largas faldas raídas, gritando como locas. Se movieron los hombres, con la clara idea de buscar refugio en lo alto del más cercano olivo. Y allá abajo, surgiendo del polvo que ocultaba a los astados, aparecieron las borrosas siluetas de los jinetes, que intentaban vanamente controlar la estampida.

Un grito agudo paralizó a Manuel que ya retrocedía con viveza junto a los otros braceros.

—¡¡¡Mi hijo!!!

Miró hacia el lugar de donde había saltado el grito, viendo a su mujer que, de espaldas, tendía los brazos hacia el sitio donde estaba el carro.

Las mulas, brincando con las manos juntas, se habían alejado con el espanto pintado en sus grandes ojos saltones.

Se oyó entonces el galopar del caballo de Remigio que se acercó a los hombres.

—¡Subíos a los olivos, estúpidos! —ordenó el mayoral—. Yo me ocuparé de las mujeres.

Caracoleó el corcel, antes de salir disparado hacia la zona en la que las mujeres seguían corriendo.

—¿Y mi hijo? —preguntó ansiosamente Manuel.

Pero Remigio no podía oírle. En lo alto de su montura, el hombre miraba al grupo de mujeres mientras que una sonrisa se dibujaba en sus finos labios.

Espoleó al caballo, y al llegar junto a las que huían descubrió enseguida a «Mariquiya», con el rostro arrebolado por la emoción, los grandes y rasgados ojos cargados de temores.

Dirigiendo a su montura con las piernas, Remigio pasó junto a la joven, inclinándose para cogerla, como lo hizo, alzándola hasta sentarla en el

arzón de la silla.

Mientras, Manuel, que se había parado junto a un olivo, sentía que sus piernas le temblaban como después de una borrachera. Tenía la mirada clavada en el lugar donde estaba el carro, aunque la hierba le impedía ver al niño.

Miró luego a la polvareda que anunciaba la llegada de los toros.

No era la primera vez que el hombre asistía a una «espantá», y existían cien motivos que hubieran podido provocarla; pero nunca, hasta entonces, hablan llegado los toros hasta la zona de cultivo.

Luchaban en Manuel fuerzas antagónicas; por un lado, su deber de padre que le empujaba a jugárselo todo para intentar sacar al niño del camino de la vacada; pero otro lado, su propia desidia y ese negativo fatalismo que el alcohol pone en la nublada mente del hombre. Fuerzas que anulaban cualquier decisión.

Fue entonces cuando distinguió, a la cabeza de los animales en estampida, a un becerro, negro como la noche, precediendo a los otros, la cuerna alta, la larga cola batiéndole los flancos.

El animal no parecía asustado, sino divertido.

Vio Manuel que el becerro se inclinaba y olfateaba algo; el terror le mordió las tripas como un lobo hambriento. Cerrando los puños, temió ver ascender a su hijo como en una mantea, lanzado al aire por las astas del novillo. O del becerro, no lo sabía, aunque en aquellos momentos odiara, por vez primera, a todos los animales de la dehesa.

Más intenso era el odio que sentía por sí mismo. Y el desprecio hacia su cobardía le puso en la boca un sabor a vino agrio.

¿Es que había dejado de ser hombre? Tuvo la penosa, la terrible impresión de haber dejado de serlo, a pesar de sus fanfarronadas en la taberna:

«Si me encontrara a él Vinagre en un lugar apartaó...»

Palabras todo aquello; nada más que palabras. Porque si de verdad fuera un hombre...

—¡Me cago en...!

Dio un par de pasos; pero, en aquel momento, una parte del ganado se dirigió, torbellino sonoro, hacia él. Se subió al olivo mucho antes de que los primeros toros pasasen, y la polvareda que elevaban sus pezuñas le envolvió... quizá para que no pudiera sentir la vergüenza de lo que estaba haciendo.

Cuando la polvareda se disolvió, Manuel pudo ver lo que ocurría no lejos del carro. Y se le heló la sangre en las venas.

Allí, el novillo estaba plantado, bien plantado sobre sus cuatro patas, teniendo bajo su cuerpo al niño. La presencia del novillo había hecho que los animales espantados se abriesen, como las aguas de un arroyo al

tropezar con una piedra, cuidadosos de no derribar a uno de los suyos.

Pasada la crisis de nervios y la de conciencia, Manuel, en lo alto del olivo, sintió que dos lagrimones le caían mansamente de los ojos.

* * *

A través del cristal de la amplia ventana, Luis Gutiérrez de Mendoza miró, sin demasiada atención, a la gente que pasaba por la acera, viniendo de la calle de Alcalá. Luego fijó los ojos en la alta fachada de la Unión y el Fénix y siguió, unos instantes, al tranvía que subía hacia la Puerta del Sol.

—Me aburro, Antonio —dijo sin volverse—. Me estoy aburriendo como una ostra.

Antonio de Hinojar esbozó una sonrisa.

—¡No digas memeces, Luis! ¿Aburrirte tú? ¿En qué sentido?

—En todos.

—Eres un abogado y de los más cotizados de Madrid.

—Me chinchan los pleitos.

—Y eres soltero...

—Y tú viudo.

—No es lo mismo. Tú eres más joven que yo y las mujeres se te rifan. ¡Por los clavos de Cristo! Si no fuera por ti, cada vez que vengo a Madrid, estaría más solo que la una.

El otro se encogió de hombros.

—¿Te refieres a las mujeres que te presento? ¡Basura Antonio, basura!

—¿Por qué no te dedicas a las decentes?

—¿Yo? ¡Ni hablar! No sirvo para hacer versos ni para aguantar a una cursi que toque toda una tarde «Para Elisa». Desengáñate, amigo mío. Todas son iguales, y no merecen, a lo sumo, más que las dos primeras horas que pasamos con ellas. Unos minutos más y, como dicen los franceses, *le charme est rompu:* El encanto se rompe.

—De veras que no te comprando.

—Ni yo, Antonio, ni yo. Pero tanta sosez, tanto interés, ha terminado por aburrirme. Ni siquiera el chañar a una modistilla idiota me distrae ya.

—Necesitas algo nuevo, ¿verdad?

—Lo necesito.

La sonrisa se amplió en los labios de Antonio.

—Por una vez —dijo—, creo que voy a ser yo quien te facilite lo que estás deseando.

—¿De veras? —inquirió el otro con aire displicente.

—Creo que sí... si eres capaz de resistir a una tigresa.

—Empiezas a llenarme la boca de agua —dijo Luis con los ojos brillantes—. ¿De qué se trata?

Antonio de Hinojar reflexionó unos instantes.

—Tendrías que venir al cortijo.

—¿Qué hay en el cortijo que pueda interesarme?

—Una moza.

—¿Tan bonita es?

—Requetebonita.

—¿Edad?

—Acaba de cumplir los diecinueve.

—¿Morena?

—Endrina, como buena sevillana.

—¿Ojos grandes?

—Como los de un puente. Unos ojazos que te dejan ciego cuando te miran.

—¿Cómo se llama ese portento?

—María, pero le dicen «Mariquiya». Es la hija de uno de los braceros, de un desgraciado que se llama Manuel. Borracho como una cuba. Como todos.

—¿Cuánto?

—Con cien duros habrá de sobra.

—No está mal. Pero dime... ¿Cómo es que no te has encargado tú mismo de esa «Mariquiya»?

Se ensombreció el rostro de Antonio.

—No puedo, Luis. Yo soy el amo. ¿Lo entiendes? Podría, como otros señores hacen, habérmela llevado a Sevilla. Y pagado a su padre, naturalmente. En su puerca vida ha visto juntas quinientas pesetas. Ni las verá mientras viva.

—Entiendo.

—Pero yo tengo que volver, ¿te das cuenta? Y dar la cara. Con la cabeza llena de vino uno de esos cochinos puede venderte a su hija, pero pasada la borrachera, y al darse cuenta de lo que ha hecho, quiere sacar tajada, y lo primero que desea es convertirse en mayoral.

—Y tú ya tienes uno... y no de los malos, ¿verdad?

—¿Remigio? Ya te he hablado de él, ¿no? Es un hombre útil y sabe tratar a esa gentuza como nadie. Entre él y Pepe...

—¿El Vinagre? —sonrió Luis.

—¡Puñetas! Ya veo que conoces a mí gente mejor que yo. Sí —y su voz se dulcificó— esa pareja sabe lo que se hace, y gracias a lo que permito que me digan, que no es mucho, puedo estar aquí, en Madrid, sabiendo que las cosas van allí como Dios manda.

—Ya sé que eres un hombre hábil —sonrió el otro—, pero volvamos a esa mozuela. ¿Crees sinceramente que merece la pena?

Los ojos de Antonio se llenaron de ascuas:

—Voy a decirte algo, amigo. Como todos, he tenido más de una

ocasión de llevarme a muchachas de braceros y aparceros, procedentes de los cortijos de mis mejores amigos, a Sevilla. He tenido en los brazos a algunas reales mozas. Puedes creerme. Pero esa chiquilla es algo serio. Si la vieras ahora, paseando por la calle, verías que todas las otras mujeres se morían de envidia.

—Te creo, Antonio, te creo. Si tú dices que la chica es guapa es porque lo es... pero, ¿y limpia? Ya sabes que soy un maníaco.

El terrateniente se encogió de hombros.

—¡Hombre, Luis! ¿Has olvidado que estamos en 1910? La Edad Media ha quedado muy atrás...

—Tú me has hablado de cómo vive esa gente.

—Sí, es cierto. Pero Sevilla es otra cosa. Además, no olvides que irás a mí casa y que allí hay de todo. Tengo a la servidumbre acostumbrada, Luisito. ¡Por el amor de Dios! Mis criadas se ocuparán de ella y la dejarán hecha una flor.

—Creo que me has convencido.

—Entonces, ¿te vienes conmigo?

—¿Cuándo salimos?

—Dentro de cuatro días. He de arreglar unas cosas con el ministro.

—De acuerdo. ¡Cuenta conmigo!

* * *

Después de beber un corto sorbo del dorado Moriles, Manuel miró a los otros dos con los ojos vidriosos.

—¡Os digo que no hay «ná» que hacer!

—Pero, ¿por qué? —preguntó Eleuterio.

—¡Porque no me da la gana! No le ha «quitao» el ojo de encima desde que era una niña.

—Es cierto —dijo el tercero, que se llamaba Eusebio—. Hace cinco años, cuando lo de tu hijo, la subió a su caballo para salvarla de la torada espantada.

—No tenía más que catorce años —gruñó Manuel—. ¡Y ya estaba tras ella! ¡La madre que le trajo al mundo!

Con los ojos cargados de vapor, el Eusebio sonrió estúpidamente.

—Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. ¡Menudo susto nos pegamos! Pero tú, Manuel, te fuiste hacia el carro para intentar salvar a tu hijo.

—¡«Pa» algo es uno hombre!

—Yo te vi trepar a un olivo —dijo malignamente el Eleuterio.

—¿Y qué podía «jacer»? —protestó el Manuel—. Me iba ya derecho hacia el carro, y entonces, se me echó la torada encima. ¡Por Cristo! Si no subo al olivo, me hacen trizas los toros.

—Fue un verdadero milagro que «Manoliyo» no muriese bajo las patas

de los astados.

—Eso creyó la boba de mi mujer —sonrió el Manuel—. Y se fue descalza a la romería de la Virgen del Cerrillo. ¡Pamplinas! ¡Cosas de hembras!

—Tienes razón —dijo el Eleuterio—. Pero, de todos modos, lo que ocurrió fue muy extraño. Aquel novillo...

—¿Te refieres a «Ermitaño»? —terció el Eusebio.

—Sí, al mismo. Aquel novillo se plantó sobre el niño, cubriéndole con su cuerpo. ¡La Virgen! Nunca entenderé a los toros.

El Manuel volvió a beber. Chasqueó la lengua con visible fruición.

—Ese «Ermitaño» ha sido un bicho raro desde que su madre le parió. Siempre solo, «apartao» de todos.

El Eusebio se echó la boina hacia atrás, rascándose pensativamente la pelambrera gris que le nacía por encima de la estrecha y arrugada frente.

—Si el «Manoliyo» fuera mi hijo —dijo con voz grave—, no le dejaría hacer lo que hace.

—¡Pero no eres su padre! —rezongó el Manuel—. Lo que ocurre, Eusebio, es que la envidia te come. Porque mi hijo lleva sangre de torero en las venas. ¿Te enteras? ¡Sangre de matador! Y lo será, ¡por Dios!

—Es posible —dijo el Eusebio mordiéndose los labios—, pero la verdad, y eso lo sabe todo el mundo, es que tu hijo baja a la dehesa cada noche.

—¿Y qué?

—Que uno de estos días puede ocurrirle una desgracia.

—¡No seas gafe! «Manoliyo» tiene ya nueve años. Hubiera podido trabajar conmigo. Pero no he querido. Cada día se entrena con la muleta. Y por la noche va a ver a los toros.

—A ver a «Ermitaño» —rectificó el Eusebio.

—Olvidas que el «Ermitaño» está con los otros toros, y que tú no serías capaz de saltar la cerca. ¿Sabes lo que quiere decir el que mi hijo entre en la dehesa? ¡Es muy fácil! Todo el mundo sabe que se aprende a torear cuando se conoce bien a los astados, cuando se convive con ellos. Y voy a decirte otra cosa, Eusebio, los toros huelen el miedo. Por eso mueren los toreros en la plaza, porque sudan de miedo. A mi chiquillo no le ocurrirá nunca eso. ¡Será el mejor matador que el mundo ha conocido!

Reventaba de orgullo.

—Solo quiero que crezca deprisa —prosiguió diciendo con los ojos entornados—. Que crezca. A los catorce ya puede empezar a trastear a alguna vaquilla. Y luego...

Se le subían las ilusiones a la cabeza, mezcladas con el Moriles.

Estaban los otros dos muertos de envidia, amarillos de celos. Porque no tenían más que hijas. Y no hay mayor desgracia para un hombre que verse

rodeado de hembras. Las mujeres no traen más que complicaciones.

Intervino el Eleuterio, con una sonrisa maliciosa a flor de labios.

—Por eso debías hacernos caso, Manuel. Si tu hijo va a la dehesa cada noche es porque Remigio lo consiente. Si el mayoral quisiera, «Manoliyo» no iría allí.

—¡Que lo intente!

—No seas tozudo, Manuel. Ya sabes que el amo no quiere que se pervierta al ganado bravo. Los toros han de estar solos. Si no, se cargan de resabios.

—¡Que lo intente! —repitió el Manuel, obstinado.

El Eusebio se echó a reír.

—¿Y qué harías si el Remigio prohibiera al niño ir a la dehesa!

La mano derecha de Manuel fue en busca de las cachas de la navaja que asomaba por encima de la faja.

—Me sobran redaños —dijo con énfasis—. El Remigio me conoce muy bien. ¡Que lo intente! También quería a mí hija. Y yo me he «plantao» ante él y le he dicho que se cuidara muy mucho de acercarse a la moza.

—Si el amo se entera, tendrás que obedecer.

—¿El amo? Le hablaré, ¡por mí «mare»! Le enseñaré a mí niño. El amo es muy listo y se dará cuenta de que le ha nacido en el cortijo una futura figura del toreo. ¡Mejor que el amo se entere! Además, en cuanto venga se lo diré... ¡Me sobran redaños para eso y para mucho más!

CAPÍTULO III

El niño avanzó despacio hacia el toro.

Había aprendido a hacerlo así, aunque al principio corría en busca de su amigo. Pero un par de veces, los bramidos del resto de la torada habían hecho comprender a «Manueliyo» que no debe correrse ante los astados.

Ahora avanzaba paso a paso, cimbreante el talle, su menudo y delgado cuerpo enhiesto, posando sobre el suelo la punta de sus pies descalzos.

Con la cabeza llena de ensueño.

Las burdas lecciones de toreo que su padre le había dado, con el palo de escoba que enfundaba el viejo trapo rojo, habían metido en la mente del niño lo que Manuel le había contado: recuerdos de las pocas veces que había ido, a las órdenes del mayoral, a llevar el ganado a Sevilla.

Describió cómo pudo la gran plaza de la Maestranza, abarrotada de un público enloquecido y entusiasta, el paseo de las cuadrillas, la juncal presencia del aguacil y el momento sublime en que, al son de clarines y tambores, se abría el toril para dejar salir al primer toro de la tarde.

Se había llenado el espíritu del niño de imágenes multicolores y ahora, andando hacia «Ermitaño», se sentía vestido de luces, el cuerpo ceñido en la faja, pegado el traje a la piel, notando la agradable presión de la chaquetilla en las axilas.

Se convirtió la dehesa en un luminoso redondel de arena, irguiéndose los graderíos por encima, muy por encima, de las encinas y de los algarrobos.

Y el rumor pausado del viento creció hasta transformarse en el griterío del respetable.

A punto estuvo «Manoliyo» de lanzar aquella limpia llamada con la que los toreos citan a la fiera.

—¡Toro!

Pero en vez de la palabra que despertaba la atención y la agresividad de los astados, sus labios dejaron escapar el dulce rumor de algo que le salía directamente del alma.

—¡«Ermitaño»!

El toro seguía inmóvil.

No había en sus ojos más que limpieza de fiera agradecida. De animal contento. Y parecía como si su imponente estampa de toro bravo no estuviese en armonía con la suave profundidad de su mirada, casi humana.

Alargó la mano el niño, acariciando la testuz imponente de «Ermitaño». Mugió con blandura el animal, y «Manoliyo» dejó de ver el imponente

castillo de carne y músculos que tenía ante él, continuando la caricia de la bestia como si fuera un perrillo.

Cincuenta metros más allá, perdido en la sombra de las encinas, «Usero» pateaba impaciente el suelo. Como una rugiente crecida, la rabia corría por las anchas venas, acelerando la fragua que se escondía en su pecho, forzándole a resoplar un vaho hirviente.

Se volvió todo furia, y la cólera pinchó en sus músculos con la violencia de un espolonazo. Lanzando un sordo mugido, «Usero» se lanzó hacia el niño con la energía de una locomotora.

Mucho antes de que «Manoliyo» se percatara de nada, «Ermitaño», al oír el bramido del otro toro, volvió la recia cabeza, clavando la mirada en la forma blancuzca que cruzaba la dehesa como una flecha.

Sin pensarlo un solo instante, obedeciendo únicamente a los atávicos reflejos de la especie, «Ermitaño» dio un ligero cabezazo al niño, tirándolo al suelo.

Y en vez de esperar la acometida de «Usero», bajó la testuz y despegó sus recias patas del suelo, yendo al encuentro de su encolerizado adversario.

«Manoliyo» se sentó sobre la hierba.

Con los ojos muy abiertos, aterrado, vio a los dos colosos acortar la distancia que les separaba. Eran, para el niño, como dos gigantes furiosos, dos masas enormes, de las que emergían los afilados puñales de la cuerna, media luna de muerte bajo la luz lechosa del astro de la noche.

El choque fue terrible.

Sonaron los cuernos al entrechocar entre ellos, en la veloz esgrima de la primera embestida.

Y plantados allí, frente a frente, iniciaron ambos contendientes una serie de rápidas fintas, lanzándose tremendas cornadas, mugiendo ferozmente, girando sin cesar en un doble círculo que hacía salir disparadas hacia el aire las gruesas motas de tierra que sus pezuñas levantaban.

Castañeando de dientes y vencida la obligada inmovilidad en la que el espanto le había clavado, «Manoliyo» consiguió incorporarse sobre sus temblorosas piernecillas.

Luego, con el corazón asustado como un pajarillo en la mano de un cazador, echó a correr hacia la cerca, atravesándola como una exhalación.

Muchas ganas tenía el chavea de salir disparado hacia el cortijo, pero algo mucho más poderoso que el miedo le detuvo. Y fue que le pareció que no podía abandonar a su amigo, como si el toro necesitase su presencia para llevar a buen término la salvaje pelea en la que se había enzarzado.

Mugían sordamente los astados, crujían las cuernas. Baja la testuz, fuerte el soplo que lanzaba chorros de vapor por el morro. Los dos toros, el zaino[1] y el berrendo[2] proseguían su pelea. Una lucha implacable, en la que

no solo se jugaba la presencia del niño, sino que había trascendido a un combate por el mando, por la jefatura de la torada.

«Manoliyo» no podía imaginar que «Ermitaño» le había olvidado por completo. El pequeño estaba convencido de que el toro peleaba por él, ya que era incapaz de discernir lo que se estaba dilucidando en aquel mortal combate.

De repente, ante los ojos tremendamente abiertos del niño, «Usero» pareció dar un traspié. Clavó las rodillas en la hierba, elevando la cabeza como en un ademán de súplica. De nada le sirvió el gesto de clemencia. Viendo el ancho cuello de su enemigo al alcance directo de su cornamenta, «Ermitaño» hundió el pitón derecho entre la masa muscular, tirando luego con redoblada energía hacia arriba.

Cuando el pitón del zaino salió del cuello del otro toro, un géiser de sangre roja se alzó hacia el cielo, procedente de la yugular de «Usero» que el cuerno de su oponente había segado como una hoz.

«Ermitaño» reculó con lentitud, sin despegar la mirada de sus ojos del adversario yaciente.

Poco a poco, al tiempo que su gran cuerpo se estremecía, «Usero» logró incorporarse, tambaleándose penosamente. Dio unos cuantos pasos consiguiendo apoyarse en la encina más próxima, buscando allí la «querencia», ese último apoyo que el animal herido de muerte busca para evitar la final calda.

Hasta que, con una brusquedad de árbol derribado, los casi seiscientos kilos del morraco se vinieron estrepitosamente abajo.

Se volvió «Ermitaño» y arrancándose con furia, se precipitó hacia la cerca, astillando de una terrible embestida uno de los travesaños.

Presa de terror, «Manoliyo» echó a correr, huyendo precipitadamente hacia el cortijo.

* * *

Viniendo del pasillo adonde había ido a telefonear, Antonio penetró en el comedor. Su expresión era sombría. Sin mirar a su amigo, que estaba sentado en el otro extremo de la larga mesa, cogió la servilleta y se la puso sobre las rodillas.

—Puedes felicitar a tu cocinera de mi parte —dijo Luis con una sonrisa de satisfacción—. Estos medallones de ternera son exquisitos. Supongo que la carne proviene de tu finca, ¿no?

Esperó unos instantes, y al comprobar que su amigo no contestaba, alzó a su vez, la cabeza.

—Pero... ¿qué te pasa? ¡Tienes cara de entierro, Antonio!

—No es para menos.

—Supongo que ha sido esa llamada. ¿Algún desconsuelo amoroso?

—¡Déjate de estupideces, Luis! He hablado con mi mayoral. Dos de mis toros han peleado, los mejores. Y uno de ellos ha muerto.

Antonio se mordió los labios.

De muy buena gana se habría levantado y roto la crisma a aquel imbécil al que detestaba con toda la fuerza de su corazón. Si no hubiese sido porque Luis, bastardo de un aristócrata de gran renombre, le permitía mangonear en los Ministerios, jamás habría abierto la puerta de su casa a aquel mamarracho cuya presencia le causaba una incoercible repugnancia.

Por el mismo motivo había estado simulando una afición a las estúpidas mujeres con las que iba Luis, de las que presumía conquistar y que le costaban un ojo de la cara. Y por eso había accedido también a llevarle a Sevilla con la intención de que se divirtiera un poco con la hija de Manuel.

¡Cuánta impertinencia había tenido que aguantar de aquel donjuán de pacotilla!

Pero, sin el apoyo de los personajes importantes que conocía y tuteaba Luis, no hubiese conseguido Antonio ciertos privilegios y, sobre todo, contener la ambición de su vecino de dehesa, el poderoso marqués de Altacima, que había estado a punto de dejarle sin agua para sus pastos.

Todo esto pasó como un meteoro por su mente, esperando, con absoluta seguridad, la estupidez que iba a brotar de los labios de su invitado.

—¡Tienes muchos toros, Antonio de mi alma! Tu ganadería es una de las mejores de Andalucía. ¿No irás a ponerte a gimotear por un simple astado? Además, puedes dejar que se lo coman tus braceros... y bendecirán tu nombre.

«¡Cretino! —pensó Antonio para sus adentros—. ¿Qué sabes tú de toros? Tú que no has dado golpe en tu insípida vida...»

Y conteniendo con esfuerzo su cólera:

—«Usero» era un buen bicho. Iba a mandarlo a Las Ventas para la corrida del mes que viene.

—¿Es el muerto?

—Sí.

—¿Y el otro?

—Se llama «Ermitaño». ¡Es una lástima! —suspiró—. Y no puedo consentirlo. Tienen que explicarme claramente lo que ha ocurrido. Remigio estaba hecho un lío. Poco importa. Voy a quitarle el puesto.

—¿Tan grave consideras la falta que ha cometido?

—Gravísima. Para eso le pago. Para que los animales no se maten entre ellos.

—¿Crees de veras que podía haberlo evitado?

—Sí. Los toros bravos pelean, pero lo hacen sin herirse gravemente. Un simple puntazo sirve, la mayoría de las veces, para terminar un combate. El que lo recibe se aleja... y aquí paz y después gloria. Incluso cuando luchan

por el liderazgo de la torada, nunca se hacen verdadero daño.

—No me gustan los toros —dijo Luis con la boca llena—. Sus hijas sí, en el plato.

Antonio bajó la cabeza y no respondió. Miró la carne y sintió que se le había ido el apetito.

* * *

Tirado por seis caballos, el carruaje avanzaba hacia Sevilla.

Sentados en el cómodo asiento trasero, Remigio y Manuel, este con su pobre traje dominguero, que la María se había pasado planchando toda la noche, y aquel con su «uniforme» de mayoral, amplios zajones de limpio cuero rubio y sombrero de ala ancha, mantenían una conversación áspera desde que habían dejado el cortijo.

—Ya comprenderás, Manuel —dijo Remigio—, que no puedo ocultar la verdad al amo.

—¿Y eso qué quiere decir? —galleó el otro.

—Que tengo que decir la verdad. Así, como suena. Que tengo que hablar de tu hijo, de sus visitas a la dehesa. Porque estoy seguro de que fue él quien provocó la pelea.

—¡Tú estás «grillao»! ¿Qué quieres que haga un niño de nueve años entre esas bestias? Si mi «Manoliyo» hubiera estado en la dehesa, lo habrían destrozado a cornadas.

—Pudo enfurecerles desde fuera de la valla —dijo Remigio—. Debía estar cerca de «Ermitaño», jugando con esa «jodía» muleta que tú le hiciste. ¡Estropeando al ganado! Eso es lo que tu puñetero niño ha hecho.

Una luz burlona se encendió en los ojillos de Manuel.

—Lo que a ti te ocurre, Remigio —dijo—, es que se te ha «tordo» el asunto con la «Mariquiya».

—¿Qué dices, «desgraciao»? Lo de tu hija se me ha pasado. Fue como una fiebre. Además, tú tuviste la culpa. Si hubieras querido, las cosas se habrían arreglado.

—¡No me digas! ¿Me crees tan idiota como para no conocer tus verdaderas intenciones? Tú querías llevarte a mí hija, por las buenas.

—¿Y qué sabes tú si me hubiera casado con ella?

—¡Tonterías! Te conozco muy bien, Remigio...

Fue en aquel momento cuando oyeron, al mismo tiempo, el furioso galope de un caballo que venía, por detrás, hacia ellos.

Se volvieron al unísono, y el mayoral ordenó al cochero que parase. Momentos después, un caballo pinto, jabonosa la piel por el sudor acumulado en la carrera, se detenía junto al vehículo.

Eusebio montaba al corcel.

—¡Rediós! —exclamó—. ¡Creí que no iba a alcanzaros!

—¿Qué ocurre? —preguntó el mayoral.

—Vengo de parte de la María —repuso el jinete mirando con fijeza a Manuel—. ¡Tu hijo se ha ¡argado!

—¿Eh?

—Lo que oyes. El «Manoliyo» habló con el Felipe, el hijo de Jiménez, y le dijo que se iba del cortijo, «pa siempre».

—¡Lo que me faltaba! —exclamó el Manuel—. ¡Maldita sea! Por lo visto, tengo la negra. ¡Ese niño!

—No irá muy lejos —dijo Remigio—. Pero si alguien tiene la culpa de lo ocurrido, ese eres tú, Manuel. ¡Le llenaste al chavea la cabeza de pájaros!

—¡Maldita sea! —repitió obstinadamente el Manuel.

* * *

—Di al mayoral que pase.

El criado se inclinó, desapareciendo después. Sentado a la mesa del despacho, Antonio de Hinojar tenía la expresión grave, la frente cruzada por amplias arrugas, la mirada como perdida en una insondable lejanía.

Había hablado, la tarde de la víspera, con don Herminio, el viejo administrador de sus bienes, quien con la prudencia habitual, le había expuesto las dificultades económicas que se cernían sobre la hacienda de Antonio.

—Las cosas no van muy bien, don Antonio —había dicho el administrador—. No hemos conseguido vender este año todas las corridas que hubiésemos necesitado para salir a flote. Toros, lo que se dice toros, de cinco hierbas, no tenemos más de veinte.

—Lo sé.

—De novillos estamos bien surtidos...

—¡Ni hablar! Si lo que usted me propone, don Herminio, es vender ese ganado antes de tiempo, sepa que no estoy dispuesto a hacerlo.

—Y le comprendo muy bien, don Antonio. Esos animales pueden convertirse en excelentes toros de lidia, pero tendremos que esperar un tiempo... ¿y cómo hacerlo si carecemos de reservas?

—Pediremos un préstamo a un Banco.

—Ya tenemos uno y dos hipotecas sobre las fincas. No creo, con sinceridad, que haya un Banco capaz de tendernos, en estos momentos, una mano generosa.

—¿Y el gobierno?

—Esa es, señor, la única posibilidad que nos queda. Obtener una subvención del Ministerio sería nuestra salvación.

Era, precisamente, lo que Antonio temía.

Naturalmente, el bueno de don Herminio ignoraba todo lo que a su amo

le costaba obtener aquellas prebendas ministeriales. Porque además de tener que complacer, sin restricción alguna, los caprichos de aquel estúpido de Luis, que le costaban un ojo de la cara, el muy imbécil de Gutiérrez de Mendoza, que no era tan tonto como aparentaba serlo, exigía una buena comisión por su intercesión en las altas capas oficiales.

—Si no hay más remedio... —suspiró Antonio.

Ahora, por si fuera poco, se le había echado encima aquel enojoso asunto que acababa de costarle la vida de uno de sus mejores toros.

—¿Da usted su permiso?

—¡Adelante!

Entró Remigio. Tieso el cuerpo, pálido la faz, una luz de esperanza en sus negros ojos.

—A los buenos días, don Antonio.

Hinojar miró al hombre. Tenía ya la determinación tomada, y hubiera podido despedirle sin más, pero era incapaz de hacerlo sin antes haber escuchado lo qué el mayoral utilizaría como defensa.

—¿Cómo murió «Usero»? —preguntó.

—Verá usted, don Antonio. Yo no quiero meterme con «naide». Tampoco quiero acusar a «denguno», pero estoy convencido de que la culpa de todo la tuvo ese diablo de chico, el hijo de el Manuel, «Manoliyo».

Esperaba Remigio un poco de ayuda por parte del amo, pero Antonio permaneció silencioso.

—Yo no sabía «na». Se lo juro a usted, don Antonio. El niño, según me han contado, iba cada noche a la dehesa. ¡Cosas de chicos! ¿Sabe usted? Ese idiota de Manuel le había metido en la cabeza que debía ser «mataor». Y le hizo una muleta. Los toros debieron enfurecerse, como es natural... y entonces, el «Usero» y el «Ermitaño» se liaron a «cornás».

—Sabes muy bien, Remigio, que no puedo perdonar el haber perdido a un buen toro... que valía una fortuna;... y que tú eras el responsable del ganado.

—Eso es cierto, señor; pero...

—No hay pero que valga, Remigio. Lo lamento de veras... pero estás despedido.

—«Zí, zeñó». Como usted mande.

—Voy a darte unas pesetas por tus buenos servicios. Volverás al cortijo a recoger tus cosas. ¿Has entendido?

—Sí.

—Puedes irte, Remigio. No dudo que encontrarás trabajo en otro cortijo. Ve con Dios y di al Manuel que pase.

—Quede usted con Dios, don Antonio.

CAPÍTULO IV

Durante la primera media hora, «Manoliyo» corrió cuanto pudo. Y cuando, sin aliento, hubo de detenerse, se volvió, mirando a las lomas que ocultaban el cortijo.

Fue, para el niño, como penetrar en un mundo nuevo; y, los ojos abiertos, hambrientos de espacio y de luz, siguió andando, el taleguillo a la espalda con sus alpargatas del domingo, su muleta, un pedazo de pan y un poco de queso que había cogido la noche anterior de: la alacena de la cocina.

Mucho había trabajado el magín del niño en aquella larga noche de insomnio. Las imágenes de lo que había visto en la dehesa se repetían incansablemente ante sus azoradas retinas. Sin saberlo exactamente, «Manoliyo» intuía, con verdadero terror, las consecuencias de la lucha ante los dos bravos. Había oído demasiadas veces lo que valla un toro de lidia, y sin que su pobre mente tuviese poder para medir la cifra que se citaba, se daba cuenta de lo que representaría para el amo la pérdida de una bestia como «Usero».

Entrevelando las hórridas visiones que los recuerdos imponían a su conciencia despierta, el niño veía, con pavor, a la pareja de guardias civiles que venían a prenderle.

Los negros y acharolados tricornios se destacaban con crudeza en la pared encalada de su cuarto, y «Manoliyo», tiritando de mil miedos, no vela más salida que la huida.

Ahora, atravesando campos y dehesas, pastos que verdeaban bajo un cielo limpio de nubes, se le había ido el miedo, y la esperanza que tejía el hilo de sus sueños iba brindándole un porvenir sonriente y lleno de triunfos.

Y era como si desde los chaparros, los alcornoques, los olivos y las encinas, convertidos en enloquecidos «afisionaos» por mor de la fantasía del niño, brotasen los «olés» que enardecían el delgado y huesudo cuerpo del muchacho.

A veces, deteniéndose en medio del polvoriento camino, «Manoliyo» adoptaba la posición que su padre había reproducido ante él muchas veces, y plantado allí, inclinándose ante un público inexistente, se quitaba la montera; inclinado saludaba al respetable, imaginando tras él el cuerpo inmóvil del toro al que había «tumbao» de una magistral estocada.

Fue dos días después, medio derrengado, muerto de hambre y de cansancio, con el entusiasmo reducido y mermado, que el niño tropezó con el Vicentico, un chavea de catorce años que, como él, pero con mayor

experiencia, llevaba a cuestas el hatillo, repleto de ilusiones en la dolorosa y larga experiencia de maletilla. No tardaron en hacerse buenos amigos.

Naturalmente, «Manoliyo» hubo de ceder, desde el principio, ante la indudable superioridad y «experiencia» de su compañero. Pero Vicentico no abusó de su liderazgo, mostrándose comprensivo hacia aquel chavea con los ojos llenos de ensueño y unas ganas tremendas de triunfar.

—Te voy a llevar por los cortijos en que yo toreo de noche —le dijo—. Y te enseñaré cómo debes hacerlo. Los toros son grandes como montañas y tienen una mala leche que espanta. Por eso hay que citarles desde cerca de un olivo. Si no te da tiempo a subir al árbol, al menos te escondes tras él.

Seguían un sendero que cruzaba un interminable olivar.

—¿Y si el toro me arrincona contra el olivo? —preguntó «Manoliyo».

—¡Tienes que abrirte, «pijo»! —dijo el murciano—. Abrirte. ¿Te enteras? Estiras bien el brazo «pa» que el toro se te vaya hacia fuera. Y te quedas muy quieto. Si el bicho no ve moverse más que la muleta, no se fijará en ti. Y si por desgracia va y se te cierra, entonces, ¡al olivo!

El sol fue alargando la sombra de los olivos; sobre la tierra, las ramas parecían serpientes negras.

—Yo soy de Yeda, en la provincia de Murcia —dijo Vicentico—.

A mi padre le echaron de la huerta, y nos vinimos los tres, mi madre, mi padre y yo, a Andalucía. Trabajamos dos años en la aceituna. Hasta que me cansé. Una noche, cuando mis padres dormían, hablé con un chico de mi edad que, como yo, pensaba ser torero. Y nos fuimos juntos...

—¿Qué fue de él?

—Nos sorprendieron en una dehesa. Y a él «lo trincó» la Guardia Civil. Se lo llevaron.

—¿Estará en la cárcel?

—¡Qué va! Nunca vas a la cárcel por eso. Te pegan unos cuantos mamporros. Entonces, el mayoral del cortijo le dice a los «civiles» que quiere que pagues lo que has hecho con el ganado. Y te hace trabajar como a un negro. A Fidel, así se llamaba mi amigo, debió gustarle la faena y se quedó allí. ¡«Desgraciao»!

El sol pintaba de rojo la raya del horizonte. Bandadas de pájaros pasaban, en vuelo rasante, sobre los árboles, devorando moscas y mosquitos antes de irse a dormir.

Al «Manoliyo» le dolían las piernas y el estómago.

—¿Falta mucho. Vicente?

—Ya estamos. ¿Estás cansado?

—Un poco.

—Vamos a un sitio que le dicen «el Cortijo de la Valentilla». Es de un marqués o de un conde, no lo recuerdo. Un tío «forrao» de duros.

Dio una rabiosa patada a un canto.

—¿Te das cuenta, «Manoliyo»? Puede ser que, un día, tengamos nosotros también montones de dinero. Y la gente nos mirará con envidia. Y podremos comer todo lo que queramos. Y tendremos trajes de luces para parar un tren. Y un auto. Y todas las mujeres que queramos.

—A mí no me interesan las mujeres.

El murciano se echó a reír.

—¡Ya te llegará la hora, chavea! Como a todos.

Penetraron en una fresneda, llegando poco después a un claro que cruzaba un pequeño arroyo. Allí bebieron, tumbándose luego para mordisquear un poco de pan y un pedazo de queso que el de Murcia llevaba en el taleguillo.

—Descansaremos unas horas —dijo Vicente—, y luego iremos a ver a esos morracos...

* * *

Don Antonio no pudo evitar un gesto de desagrado al ver entrar a Manuel en el despacho.

—¡Buenos días, señor amo! —dijo el bracero.

—Buenos días, Manuel.

Antonio miró con detenimiento a aquel hombre, experimentando una profunda sensación de desazón. Nunca había logrado adaptarse a las bárbaras costumbres de los otros propietarios. En realidad, hasta la muerte de su esposa, había preferido vivir en Sevilla, no yendo a la capital más que de vez en cuando, y siempre en compañía de María Luisa.

Su gran deseo había sido el de ser médico.

Pero el tremendo peso del pasado y de la tradición —los Hinojar no habían hecho nunca nada más que dedicarse a la cría de toros bravos, desde los tiempos de Goya—, le impidió prolongar sus estudios más allá del bachillerato que había cursado en Madrid, y un año, para perfeccionar el inglés, que su padre le había obligado a pasar en Londres.

Si tuvo, por la fuerza, que visitar los casinos de la capital andaluza, nunca se dejó arrastrar por la corriente de estupidez y desprecio a los demás de la que hacían gala los terratenientes como él.

Por eso, cuando la mala racha que había caído sobre él le obligó a entrar en contacto con gente tan poco recomendable como Luis Gutiérrez de Mendoza, se sintió tremendamente infeliz, dándose cuenta de que de nada le habían valido sus buenos propósitos.

Ahora, mirando al Manuel, pensaba en todos los amos que habían hecho, sin pestañear, lo que él debía hacer. Y tuvo que realizar un poderoso esfuerzo de voluntad para reprimir la náusea que la subía a la boca.

—El mayoral me ha dicho que tu hijo fue el culpable de la muerte de «Usero».

—¡Eso no es verdad, mi amo! —protestó airadamente el bracero—. ¡Mi chiquillo no hizo nada de eso! Además, se ha ido... se ha escapado de casa. ¡Y de eso sí que tiene la culpa Remigio! Debió meterle el miedo en el cuerpo.

Antonio empezaba a estar cansado de aquel asunto. Nada podía resucitar al toro.

—He despedido a Remigio —dijo.

Los ojos de Manuel se llenaron de luces.

—¡Bien hecho, mi amo! Yo no he dicho nunca nada, pero ese mayoral era un vago de siete suelas. ¡Y un granuja!

—Está bien, está bien. Dejemos eso.

Y tras un corto silencio, clavando su mirada de los ojillos estriados de sangre del bracero:

—Voy a hacerte una proposición.

—¿Una qué... mi amo?

—¿Quieres ser el mayoral de mi cortijo?

El Manuel se tambaleó como si se hubiera pasado la mañana bebiendo.

—¿Yo? —balbuceó—. ¿Ha dicho usted que si quiero ser el mayoral?

—Eso he dicho. ¿Crees que serás capaz de hacer ese trabajo?

El rostro de Manuel se iluminó de repente, como si el sol le diese de lleno en la cara.

—¡Pues claro que soy capaz, mi amo! ¡Mucho más capaz que el Remigio! Puede usted tener confianza en mí...

—Está bien. Ya eres el nuevo capataz, Manuel.

—¡Dios le bendiga, señor!

Antonio tragó saliva con visible dificultad. Y no le pareció extraño que aquella saliva le supiera a rayos.

—Hay algo más, Manuel.

—Usted dirá, mi amo.

—Verás... Ha venido conmigo un buen amigo mío, de Madrid. Es un hombre muy importante, un abogado de la Corte. Le hablé de tu hija...

—¿De mi «Mariquiya»?

—Sí. Don Luis, así se llama mi amigo, quiere invitar a tu hija, comprarle unas cosillas, ya sabes...

Antonio esperaba algo, una reacción, lo que fuera. Al hablar al bracero había utilizado el lenguaje de siempre, y las palabras que acababa de pronunciar decían, por ellas solas, la clase de sórdida petición que estaba haciendo.

Pero el Manuel no pensaba en su hija. Tenía la cabeza llena de fuegos artificiales. ¡Era el nuevo mayoral! Y mientras el amo le hablaba de la niña, Manuel pensaba en el regreso al cortijo, en la nueva casa que iba a ocupar —la de Remigio, naturalmente—, en los negocios que iba a hacer con

Pepe, el Vinagre. Y en el vino que podría beber, del mejor, de las cubas reservadas para las grandes ocasiones. Y de su caballo y de su traje, con zajones, como los de Remigio. Y de cómo cabalgaría, dando órdenes a diestra y siniestra...

—¿Y bien? —inquirió Antonio con una voz un tanto ronca.

—¡Lo que usted diga, mi amo! Su amigo puede ir al cortijo cuando guste. Mi niña estará preparada, esperándole.

—Es mucho mejor que la envíes con alguien, en uno de los carruajes.

—¡Lo que usted mande, mi amo!

Reprimió Antonio, con esfuerzo, el asco que le subía directamente del estómago.

—¿Qué se ha hecho de «Usero», Manuel?

—El Vinagre lo descuartizó, mi amo. Lo tiene en la bodega con hielo. Esperábamos que usted dijera lo que teníamos que hacer con la carne.

—Repártela entre mi gente.

—Como usted mande.

—Puedes irte, Manuel.

—Ya me voy, señor amo. ¡Que el Nazareno le bendiga, señor!

—Anda, vete. Manuel...

CAPÍTULO V

—Es por aquí. No hagas ruido.

«Manoliyo» siguió al murciano. La vereda bajaba, entre chopos y zarzales. Al fondo de la pendiente tropezaron con una cerca de piedras y argamasa, desconchada a trozos por el paso del tiempo.

—Silencio —dijo Vicentico volviéndose hacia su amigo—. Están ahí, al otro lado.

—¿Hay muchos?

—Sí, pero solo uno anda siempre cerca de la valla —el chico sonrió—. Me está esperando. En el fondo, creo que le gusta que le dé unos capotazos.

Mostró al otro una serie de agujeros que formaban una rudimentaria escalera para trepar a lo alto del muro. Trepó primero el de Murcia y, una vez en lo alto, tendió la mano a su amigo para ayudarle a subir.

Había un encinar al otro lado del muro.

Los árboles, al tresbolillo, estaban bastante separados, dejando grandes claros entre ellos. En primer término, el espacio abierto era bastante grande. Allí se elevaba la silueta torturada de un olivo solitario.

—Es un árbol «borde» —explicó Vicentico—. Demasiado viejo para dar aceitunas. Pero sus ramas son fuertes. Puedes subir a ellas sin miedo.

—No veo a ningún toro.

El murciano sonrió.

—Ahora vendrá. Nunca falla. Ya te he dicho que me conoce.

Miró hacia el encinar. Una luna en cuarto menguante dejaba caer sobre el campo una luz difusa y lechosa, las sombras se alargaban sobre la hierba como grandes manchas de tinta. No se movía ni una brizna de aire, y la quietud absoluta de las cosas daba al encinar el aspecto de un fantástico cuadro.

—¡Toro! —llamó quedamente Vicentico.

La voz del niño espantó a un mochuelo, que salió volando con un apresurado batir de alas.

—¡Toro!

No se oyó nada, pero «Manoliyo» presintió la presencia del animal, aunque aún no lo vela.

Y, de repente, emergiendo de la zona de sombras, se deslizó sobre el suelo la del cornúpeta; alargada como las otras, ampliando la cornamenta de tal modo que «Manoliyo» no pudo evitar un estremecimiento.

«Es muy grande...», estuvo a punto de decir.

Pero la aparición del animal llevó a sus dimensiones aparentes las

reales, y el niño vio a un novillo crecido, con astas casi rectas y puntiagudas, de piel canela y morrillo blanquecino.

—¿Es ese? —preguntó en voz baja.

—Sí. ¿Qué te parece?

—«Güeno».

—Vas a ver lo que hago con él.

Se dejó caer el Vicente desde lo alto de la tapia, los trastos en la mano. Una vez abajo y mientras el novillo le miraba, el chavea desplegó la muleta y fue acercándose, paso a paso, hacia el animal.

«Manoliyo» contuvo el aliento.

—¡Toro!

El novillo salió disparado sin más, demostrando así que ya estaba acostumbrado a aquello. Haciéndose a un lado, el de Murcia le frotó el trapo por el hocico, girándose velozmente para recibir de nuevo a su enemigo.

Dio otro pase, con el brazo muy estirado, alzando la muleta con brusquedad, obligando al animal a cornear hacia lo alto.

En lo alto del muro, «Manoliyo» movió la cabeza de un lado para otro.

—¡No te muevas tanto! —gritó al otro.

Vicente volvió la cabeza, sorprendido, justo en el momento en que el novillo arrancaba una vez más. Al ver la inesperada embestida de la res, Vicentico no lo pensó un solo segundo, dejando caer el trapo y echando a correr hacia el olivo, al que subió de un prodigioso salto.

El novillo corneó y pisoteó rabiosamente el trapo.

—Pero, ¿por qué me has gritado, «pijo»? —protestó el murciano desde lo alto del árbol. ¡Mira que puedes ser desgraciado! Podía haberme cogido, ¡leñe!

«Manoliyo» no le escuchaba.

Se había dejado caer sobre la hierba y desplegando parcialmente la rústica muleta que su padre le había hecho, sacó el pecho, arqueando el delgado cuerpo.

—¡Eh... toro!

Avanzó de lado, con pasos pequeños, uniendo los talones cada vez; después, ya frente al novillo y tras un corto desplante, inició el avance, paso a paso, tieso como un palo, balanceando con suavidad la muleta delante de su propio cuerpo.

—¡Toro!

Era la primera vez en su corta vida que se veía ante un astado. Un toro desconocido, no como «Ermitaño», su viejo y querido amigo. Pero en la cabeza del chiquillo se abrían las imágenes que las palabras de Manuel habían hecho nacer. Y una vez más, como cuando lo hacía ame su propia casa, desapareció el entorno, convirtiéndose el campo en plaza.

—¡Toro!

Esta vez, el novillo escarbó el suelo con rabia, lanzando hacia sus flancos las motas de tierra y hierba que sus pezuñas arrancaban.

—¡Toro!

La muleta se adelantó hasta casi tocar el hocico del animal.

El novillo arrancó.

Sin moverse, limitándose a extender el brazo, guiando a su enemigo, «Manoliyo» dio el primer pase por bajo, obligando al astado a inclinar la cerviz.

Se revolvió la res, embistiendo de nuevo. Otro pase por lo bajo, mientras el niño sentía el resoplido del animal y su paso provocaba una corriente de aire que parecía amenazar con tirarle al suelo.

—¡Toro!

Ahora, con las dos manos pegadas al «estoque», el niño alzó ambos brazos, haciendo que el novillo cornease el aire, con las manos levantadas, ejecutando un pase por lo alto de una gran belleza.

—¡Olé! —no pudo por menos de gritar el de Murcia desde el olivo.

Cada vez más seguro de sí mismo, olvidando por completo el peligro. «Manoliyo» ejecutó media docena de pases naturales, alzándose de puntillas al paso del animal, siguiendo el giro de la muleta con su cuerpo, obligando al novillo a ceñirse al trapo, doblándose cada vez con mayor intensidad, describiendo círculos cada vez más cerrados.

—¡Olé tu madre!

El novillo giraba ahora alrededor del minúsculo torero, que llevó a cabo un par de estupendos pases en redondo.

—¡Así se torea!

A la salida de un pase de pecho, mientras el animal giraba sobre sí mismo, el niño abrió los brazos, ofreciendo su cuerpo en un desplante.

Luego, despreciando olímpicamente a su enemigo, le volvió la espalda, dirigiendo una mirada de triunfo a su amigo que, desde el árbol, sonreía.

—¡Cuidado!

«Manoliyo» no lo dudó un solo instante. Oyó el bufido a su espalda y corrió, sin soltar los trastos, hasta colocarse al otro lado del tronco del olivo, justo cuando el astado pasaba, la testuz baja, a menos de medio metro del chavea.

Dejando el palo y la muleta al pie del árbol, el niño trepó rápidamente hasta el sitio donde Vicente se hallaba.

—¡Uf! —exclamó el de Murcia—. Ya te veía por los aires.

—Gracias.

Vicente le miró con fijeza.

—Oye, ¿dónde has aprendido a torear así?

—Mi padre me enseñó.

—¿Con alguna vaquilla?

—No. Hoy es la primera vez en mi vida que he toreado a una res.

Los ojos de Vicente brillaron con una intensidad súbita.

—¡Mi madre! Ahora sí que estoy seguro, «Manoliyo». Ahora sí que sé que vas a ser un torero de verdad.

—¿Tú crees?

—¿Y lo dudas? Escucha un poco, amigo. Yo no valgo «na».

—¡No digas eso!

—De veras. Pero he tenido la suerte de encontrarte. Y quiero que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—Quiero ser tu mozo de estoque.

—¡Hecho!

—¡Gracias! Y ahora hay que ir buscando un nombre para ti... un nombre que suene... Manuel... ¡ya lo tengo! Puesto que escapaste de un cortijo, ¿qué te parece «Manuel, el Cortijero»?

—Parece muy bonito.

—Ya lo veo en los letreros de la plaza. «Esta tarde, alternativa del famoso novillero Manuel, el Cortijero»...

Aburrido y cansado, el novillo se alejaba, trotando, hacia la torada; su larga cola azotaba sus ancas...

* * *

—¿Da «uzté» su permiso, señor marqués?

—¡Pasa, Lorenzo! ¡Pasa!

El mayoral, con el sombrero castoreño en la mano izquierda, entró en el salón. La expresión preocupada de su rostro llamó enseguida la atención del marqués de Valdemuera.

—¿Qué ocurre, Lorenzo?

—¡Que no «pué» ser, señor marqués! ¡Que ya es demasiado! Yo no soy malo, ya lo sabe usted, pero ya no «puéo má».

—Venga, hombre, venga. Explícate de una vez. ¿De qué se trata?

—De lo de siempre, señor marqués. Yo no quiero «jaceles» daño, pero esos chiquillos están acabando con mi paciencia.

—¿Te refieres a los maletillas de marras?

—¿A qué otra cosa voy a referirme, señor?

—Yo creía que se habían ido a otra parte.

—Se hubieran ido, si les hubiésemos dado un buen susto. ¡Lo que merecían esos muertos de hambre! Hoy he vuelto a echar una ojeada a «Lucero», señor.

—¿El novillo?

—Sí. Está nervioso y ha perdido peso. ¡Nos lo están estropeando, señor

marqués! Ese animal se está llenando de resabios.

—Es natural —dijo con tono placentero Ernesto, marqués de Valdemuera—. Los resabios le vienen de que le están metiendo la lidia en el cuerpo.

—Hay que hacer algo.

—Sí. No tendremos más remedio que intervenir.

—Entonces, ¿aviso a la Guardia Civil?

—No, Lorenzo, todavía no. Quiero hacer las cosas a mí modo. Ya sabes que no vivo más que para mí ganadería, pero comprendo a esos chiquillos. Después de todo, ¿qué crees que les empuja a hacer lo que hacen?

—¡El dinero, señor marqués!

—No lo creo, amigo mío. Y te lo demostraré esta noche. Porque vamos a ir tú y yo a ese lugar de la dehesa donde esos perillanes trastean a mí «Lucero». Quiero ver cómo lo hacen, Lorenzo.

—¿Qué quiere el señor que hagan? Malograr a la pobre res.

—Ya veremos, Lorenzo. ¿Hay algún buen sitio donde ocultarse y ver sin ser visto?

—La cañada, señor, pero los otros toros...

—Di a los monteros que se los lleven antes de anochecer a la otra dehesa. No quiero disgustos. Y que dejen a «Lucero» dónde está. ¿Entendido?

—Entendido, señor marqués.

—Antes de que se haga de noche te vienes a buscarme con dos buenos caballos. Ahora, Lorenzo, déjame, tengo que seguir haciendo cuentas.

—Lo que usted mande...

—¡Espera! Di a don Rogelio que suba.

—Está bien.

Ya solo, Ernesto esbozó una sonrisa, que se borró de golpe cuando, tras pedir permiso, entró el contable en la habitación.

—Siéntese frente a mí, don Rogelio.

—Usted manda.

—Veamos... estaba repasando las cuentas de este asunto que tenemos pendiente con don Antonio de Hinojar, y no he visto, en el resumen del Banco...

—Lo sé, señor marqués. Don Antonio no ha pagado tampoco este mes.

—Lo suponía. ¿Habló usted con él, como le dije?

—Sí, señor. Estuve en su casa la semana pasada.

—¿Y qué?

—Me prometió hacer efectivos los dos meses atrasados en fecha breve. Me habló de una subvención que estaba a punto de recibir del Ministerio.

—Eso me huele a Luis Gutiérrez de Mendoza.

—Don Luis está en Sevilla, señor marqués. No sé si debo contarle...

—Cuente, don Rogelio, cuente.

—Ocurrió algo muy grave en la torada de don Antonio. Dos de sus mejores reses pelearon y una de ellas resultó muerta.

—Sí que es una cosa grave.

—Don Antonio ha despedido a su mayoral, a Remigio. Y ha nombrado, para remplazarle, a uno de sus braceros, a un tal Manuel.

—No lo conozco.

—Y da la casualidad de que don Luis anda por ahí con la hija del tal Manuel.

Ernesto hizo una mueca.

—La vieja historia de siempre, don Rogelio, ¿eh? El señorito andaluz y la pobre muchacha seducida. ¡Maldita sea! Ese Luis, que el diablo se lleve, tiene de andaluz lo que yo de griego... ¿Se imagina usted, amigo mío, el mal que nos hacen gentuza de esa clase?

El contable no dijo nada, limitándose a asentir con la cabeza.

—¡El pobre Antonio! ¡Ir a caer en las manos de ese puerco! Llevo toda mi vida aquí, don Rogelio, y nunca he mirado a ninguna mujer de mi gente. Esa ridícula estampa, esa españolada de mal gusto, ha existido, es cierto, pero ahora es raro que se repita. Cuando un terrateniente tiene ganas de divertirse, se va a Madrid. ¡Estoy harto de todos esos Luisitos, que son una pandilla de «malages»!

Rogelio abrió desmesuradamente los ojos. Nunca había visto al marqués de aquella forma. Atemorizado, no se atrevía a decir una sola palabra.

Ernesto permaneció unos momentos en silencio.

Luego, alzando los ojos, clavó una mirada terrible en el rostro un tanto pálido de su contable.

—¿Puedo contar con usted?

—¡Naturalmente, señor marqués!

—Bien. Quiero que cite a ese Luis aquí, en mi casa. Por desgracia, es casi imposible que podamos, a estas alturas, evitar la deshonra de esa muchacha. Lo siento de veras, pero estoy seguro de que hemos llegado tarde. Además, es con el padre con el que me gustaría ajustar cuentas...

Hizo una pausa.

—Cite a don Luis, amigo mío. Veamos, ¿cuánto nos debe don Antonio?

—Cuarenta mil duros, señor marqués.

—Sí, eso es. Lo había olvidado. Veamos; esta noche tengo un trabajito que hacer, pero mañana temprano iré a ver a Hinojar a su casa. Antonio es una buena persona y, además, es de los nuestros, de los que aman a los toros. Voy a darle facilidades para que nos pague lo que nos debe. Sin prisas, pero con una condición: ¡que se libre para siempre de ese mequetefre, de ese creído que tiene menos sesos que un mosquito!

—Es usted muy bueno, señor marqués. ¡Dios le devolverá con creces todo el bien que hace!

Ernesto esbozó una sonrisa.

—Nunca hice nada con la idea de tener allá arriba, en el cielo, un rincón privilegiado. Tengo muchos años, amigo mío. Y mucho dinero. Pero nunca he medido mi vida con el rasante de lo que poseo.

Se echó a reír bruscamente.

—Aunque, como decía mi abuela, parece que un pajarillo va a darle la razón, don Rogelio... y que es muy posible que esta noche pueda hacer la mejor inversión de mi vida.

* * *

La actitud de Vicente había cambiado por completo. Habiéndose convertido, como por arte de birlibirloque, en el mozo de espadas de «Manoliyo», trataba a este con una divertida deferencia, llamándole a veces, con toda seriedad, «maestro».

—Tendríamos que irnos a otro cortijo —dijo el de Murcia—. Ese novillo empieza a saber «demasiao».

—¿Tú crees?

—¡Me lo vas a decir a mí! Ese bicho se las sabe todas, «Manoliyo». Te mira cada vez más a ti que a la muleta. ¡Te quiere coger, «maestro»!

—Es posible —dijo el niño—, pero también es verdad que con él he «aprendió» mucho.

—¡Qué va! Tú ya sabías torear desde que tu madre te echó al mundo.

—Entonces, ¿no quieres que vayamos esta noche?

—¡Hombre! ¡Tanto como eso! ¡Y precisamente esta noche! ¿No pensabas darle unos pases de rodillas?

—Sí.

—¡No me perdería eso por nada del mundo! Aunque, tendrás mucho cuidado, ¿eh, «Manoliyo»?

—Lo tendré.

—Sería fatal que te hiriesen ahora. Todo el mundo sabe que un maletilla que ha recibido una «corná»... morirá en el ruedo.

—¡No seas supersticioso, Vicente!

—Es verdad, «Manoliyo». ¡Te lo juro por mí santa madre! Por eso mismo quiero que tengas mucho cuidado. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. ¿Vamos?

—Vamos.

* * *

Habían dejado a los caballos a unos doscientos metros de la cañada, en

libertad, sin trabarlos, no fuera el novillo a querer jugar con ellos. Todo el resto de la torada estaba lejos, en la otra dehesa, con las puertas de paso bien cerradas.

—Por aquí, señor marqués.

Anduvieron, despacio, hasta llegar al extremo de la cañada, en donde un suave repecho les permitió tumbarse sobre la hierba, teniendo delante de ellos el calvero, con el olivo en medio, que la luz de la naciente luna bañaba de plata...

—¿No habíamos pensado arrancar ese olivo, Lorenzo?

—Sí, señor marqués, pero el trabajo nos lo ha hecho olvidar.

—Creo que ha sido mejor dejarle dónde está. Estoy seguro de que esos chiquillos lo utilizan como barrera.

—¡Y como burladero! Que yo les he visto con mis propios ojos. Y quemándome la sangre por no intervenir...

—Ya te dije que no lo hicieses, Lorenzo. Todo el mundo desprecia y persigue a los maletillas. Porque piensan, incluso los que se creen sensatos e inteligentes, que esos chaveas no persiguen más que la riqueza. ¿Qué riqueza, Santo Dios? Después de pasarlas negras en una infancia desgraciada, uno de cada mil consigue vestir el traje de luces. ¡Uno de cada mil, Lorenzo! ¿Y qué pasa con los demás? Derrotados, desilusionados, llenos de amargura, pero incapaces de apartarse de ese veneno que han bebido en las dehesas y tentaderos, van pidiendo la limosna de formar parte de una cuadrilla de quinta clase o torean en las ferias de los pueblos, apaleados las más de las veces, corridos las otras, por los salvajes mozos del lugar.

—Podían volver a trabajar, señor marqués.

—¿Lo harías tú fuera de la dehesa, amigo mío? Si te sacaran del ambiente de los toros te echarías a temblar e irías, de cortijo en cortijo, pidiendo un trabajo cerca de la dehesa, cualquier trabajo. El que fuera, ¿no es cierto?

—Lo es, señor. Mire, ahí llegan...

Volvió Ernesto la cabeza hacia la valla, justo a tiempo para ver cómo se colocaban los dos niños en lo alto, a horcajadas, pasando luego ambas piernas al lado de la finca. Saltaron los dos amigos sobre la verde y espesa alfombra de hierba.

—¡Dios mío! —exclamó Ernesto volviéndose hacia Lorenzo—. ¿Te has fijado en ese? ¡Pero si es un niño!

—Pues es el que torea, señor marqués. ¡El «maestro», como le llama el otro!

—¡Pobre criatura! No creo que tenga aún los diez años.

—Por ahí se andará. Es alto y delgado como un junco.

—Lo que tú quieras, Lorenzo, pero no le llega ni al morrillo al novillo.

Justo en aquel momento, habiéndose situado Vicente al pie del olivo, y desplegado «Manoliyo» la muleta, alzó el chavea la cara y mirando hacia la zona de sombras de la dehesa:

—¡Toro! —gritó con fuerza.

Ernesto movió la cabeza.

—Es increíble —dijo en voz baja—. Ese muchacho se cree en la plaza.

—¡Toro!

Surgió el novillo de la negrura, por entre las encinas, a trote corto, batiendo los flancos con su larga y sedosa cola. Luego, al ver al niño, pasó al galope, lanzándose como una furia, como si acabara de abandonar el toril.

—¡Aquí, toro!

Pasó el cornúpeta como un huracán junto a la cimbreante y delgada figura de «Manoliyo»; este no hizo más que alargar el brazo, dejando que el bicho «oliese» la muleta.

—¡Toro!

Se revolvió el astado y, sin parar, arremetió de nuevo, la cuerna baja, los ojos fijas en el trapo rojo.

Más pausadamente esta vez, «Manoliyo» le obligó a bajar más aún la testuz, incurvando la trayectoria de la res con un pase que no redondo del todo, lo fue a medias.

—¡Si no lo veo no lo creo! —suspiró el marqués—. ¡Ese niño lleva el toreo en la sangre!

Clavó sus patas el novillo en el suelo, a menos de dos metros del chavea; un mugido breve escapó de la boca de la bestia. Entonces, el niño se volvió de espaldas, solo a medias, sus vigilantes ojos clavados en el astado. El pie derecho del niño se adelantó, golpeando con chulería la hierba, desafiando a su enemigo, citándolo en corto.

—«¡Vamos, toro!»

Pero el novillo no se arrancó.

«Manoliyo» no se arredró por eso. Paso a paso, caminando hacia atrás, sin perder la compostura, fue disminuyendo la distancia que le separaba de «Lucero». El novillo bajó la testuz resoplando con visible cólera. Luego embistió, con todas sus fuerzas, pero sus cuernos no encontraron en su camino más que la mariposa roja de la muleta.

—¡Ese niño está loco!

—Todos los maletillas lo están, señor marqués!

—¡Toro!

—¡No, Dios no!

«Manoliyo» se había plantado de rodillas, la cabeza alta, la barbilla desafiante, con la muleta jumo a su cuerpo delgaducho.

—¡Toro!

—No quiero verlo, Lorenzo...

—Pues cierre los ojos, señor marqués.

Ernesto no pudo cerrarlos. Estaba como hipnotizado, y cuando vio al novillo arremeter contra aquella pobre criatura, se le llenó el pecho de frío.

—¡Olé!

Un primer pase, impecable, alzando la muleta todo lo que podía hacer su corto brazo.

—¡Toro!

Otro pase; pero «Lucero», seguramente cansado de no encontrar en sus cornadas más que el trapo volandero, se alejó, al trote, perdiéndose entre las sombras.

Vicente se precipitó hacia su amigo.

—¡Pero qué grande eres, maestro! ¡Vamos, arriba! Tengo que llevarte en hombros! ¡Saldrás por la puerta grande! ¡Por mí madre!

Ernesto tocó el brazo del mayoral.

—Vamos, Lorenzo. Cuando se lo haya echado a cuestas, corres y los coges. Yo te seguiré. No los asustes. Yo les hablaré... ¡Ese niño merece toda la ayuda del mundo!

Segunda Parte

CUANDO LA SANGRE SALPICA LA ARENA...

Se arremolina el trapo como una nube: una tuna de cuernos pasa, pletórica, y la tela se enrosca, gira y se sube en el vuelo gracioso de la verónica.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Me sienta bien, Vicente?

—¡Como un guante, Manuel! Es el traje de luces más bonito que he visto en mi vida. ¡Pues no vas a estar guapo ni nada cuando salgas al ruedo mañana por la tarde!

Una sombra pasó por los ojos del novillero.

—No me interesa mi aspecto, Vicente. Solo quiero que el traje me siente bien, que se me ajuste como Dios manda. ¿O has olvidado lo que ocurrió en Valencia el año pasado?

—¡Por eso te dije que estarías guapo! Para que te olvidases de una vez para siempre de aquello... ¡Hay recuerdos que traen mala suerte, niño!

Manuel sonrió.

—Yo creía —dijo— que éramos solo los andaluces los supersticiosos, pero me equivocaba. Porque si eso fuese verdad, tú habrías nacido en Triana.

Y viendo que su mozo de estoque se había puesto bruscamente serio, se acercó a él, dándole unas palmaditas en el hombro.

—¡Vamos, amigo! ¿No irás a decirme que piensas en aquel rasguño del que me hablaste?

—Pensaba en él. Esa es la pura verdad, Manuel. Cuando te conocí, hace ya diez años, no te dije nada. Además —añadió con una triste sonrisa—, al verte tan pequeño no creí que andaríamos juntos mucho tiempo. Me dije: «A este chavea lo pierdo en la primera dehesa en la que entremos. En cuanto vea al bicho, echa a correr y no le vuelves a ver más». Por eso no te dije nada. Pero hacía apenas dos meses que un toro me había rasgado el muslo. Tuvieron piedad de mí, y el mayoral me llevó al cortijo donde me curaron. Era un toro grande, como una casa. Todo cuernos. Salté a la rama del olivo, pero el bicharraco alzó la cabeza y me clavó su condenado cuerno en el muslo derecho.

—¡No pienses más en eso, por lo que más quieras! Las supersticiones son malas, Vicente. Llenan la cabeza de un hombre de negros presagios. Y es malo salir a la plaza con la mente turbia.

—Eso no va contigo, «maestro». No ha parido vaca el toro que te haga daño a ti. ¡Ni un solo arañazo en todo este primer año de actuación!

—¡Toca madera, «malage»! —rio el novillero.

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta, y Vicente fue a abrir, cerrando con cuidado la puerta del dormitorio.

Manuel Gómez, el Cortijero, volvió a mirarse en el espejo. Había

crecido mucho, pero seguía siendo tan delgado y seco como cuando niño.

—Manuel —dijo el murciano cerrando la puerta tras él—, otra vez esa «gachí».

—¿La extranjera?

—La misma. Yo creo que no deberías perder tanto tiempo con esa mujer.

—Es una buena persona —sonrió el novillero—. Además, ya sabes que lo que quiere es escribir un libro sobre mi vida. Así podrá conocerme todo el mundo.

—¿Y «pa» qué necesitas tú que te pongan en un libro, «mi arma»? ¡Si te conocen ya hasta las piedras! ¡Si no puedes salir ni a la puerta de la calle! Además, ¿quién «pijo» va a leer ese libro?

—¿Lo dices por ti, Vicente? Porque hace un montón de tiempo que no te veo coger el catón...

Un poco de rosa tiñó las mejillas mofletudas de Vicente.

—Ya sé que no tengo letras, maestro. Que no sé leer ni escribir; pero, ¿«pa» qué necesito yo esas cosas? A menos que no quieras tener a un mozo de estoque analfabeto.

—¡No digas más tonterías! Y haz pasar a esa señora.

—No irás a hacer que me quede aquí. Esa mujer habla de una manera...

—No. Vete a dar una vuelta. Pero no bebas mucho. Pasa por los bares de los alrededores de la Plaza y tantea un poco a la afición. Pero no exageres, Vicente, que te conozco. Lo que más interesa es que vayas de incógnito.

—¿Y «ezo» qué es?

—Que no digas a nadie que eres mi mozo de estoque; que te limites a escuchar. ¿Entendido?

—¡«Entendío»! Hasta luego, Manuel. ¡Y que la visita te sea leve!

Dejó la puerta abierta, haciéndose a un lado.

La mujer que entró en el dormitorio era alta, esbelta, de mediana edad. Llevaba un traje sastre de color gris. Sus cabellos negros estaban salpicados de hebras blancas. Sus ojos eran oscuros y, cuando empezó, a hablar, dejó oír una voz agradable que se expresaba en un castellano dulzón con el deje característico del decir mejicano.

—¡Buenos días, Manuel! ¿Le molesto?

—¡Oh, no, señora Warren! Estoy encantado de volverla a ver. Perdone que me encuentre con este atuendo. Es mi traje nuevo para la novillada de mañana.

—Si quiere cambiarse, puedo salir y esperar en la salita.

—No voy a cambiarme. Quiero sentirme en el «terno». La ropa nueva, señora, aprieta un poco, y no conviene, en el ruedo, sentirse molesto dentro del traje de luces.

—Comprendo.

—Tome asiento. ¿Cómo va el trabajo?

—Estoy encantada, Manuel. He pasado toda la semana escribiendo. ¡Va a ser un libro apasionante!

—Mejor.

—Porque su vida ha sido apasionante, Manuel. ¡Qué vida, «my God» Cuando releí la primera parte, me parecía revivir con usted aquellos años difíciles del cortijo y la fantástica aventura con «Ermitaño», su combate a muerte con «Usero»...

El novillero lanzó un suspiro.

—¡«Ermitaño»! ¡Aquello sí que era un toro, señora Warren! Como pude enterarme más tarde, lo lidiaron aquel mismo año, aquí, en Madrid, en las Ventas.

—¿Usted torea mañana en otra plaza, no?

—Así es. En la de Tetuán, muy cerca de este hotel. Pero algún día iré a las Ventas, como torero o para tomar la alternativa. Creo, si Dios quiere, que será el año próximo.

—Se lo deseo de todo corazón. Se lo merece usted, Manuel. Se merece todo lo que hicieron por usted, empezando por lo que llevó a cabo el marqués de Valdemuera.

—¡Dios le tenga en su gloria! Fue como un padre para mí. Aquella noche, cuando Vicente y yo creímos que nos iban a entregar a la Guardia Civil, el marqués y el bueno de Lorenzo, su mayoral, nos llevaron a la casa de aquel. Y allí empecé a vivir, señora Warren. Porque no solo aprendí a torear, sino que mi bienhechor se interesó por convenir al golfillo que yo era en un hombre de provecho.

El novillero entornó los ojos.

—Me puso un maestro particular y con él aprendí todo lo que sé. ¿Qué sabía del mundo aquel pobre «Manoliyo»? Durante seis años, aquel buen maestro me convirtió en un hombre, quitándome pacientemente las telarañas que me tapaban el meollo.

—Pero el toreo te tiraba más que nada, ¿verdad?

—Sí. Pero también me di cuenta de que el mundo no termina en los límites de un ruedo, que hay cosas maravillosas, en esta vida, que no tienen que ver nada con los toros.

Se echó a reír.

—Cuando aquel maestro me enseñó mis primeras cuentas, me quedé pasmado. Y le tomé tal afición a los números que no tuve más remedio que seguir estudiando más y más. Es para reírse, señora Warren, pero las matemáticas me volvieron loco.

—Lo comprendo.

—Mire usted mi mesilla, señora. Libros de álgebra. Si alguien

descubriese mi secreto se echaría a reír, burlándose de mí.

—¿Por qué habrían de hacerlo, Manuel?

El muchacho se puso muy serio.

—La vida es muy complicada, señora Warren. Y cuando uno ha sido maletilla queda marcado para siempre. El pueblo, el pueblo bajo que me venera, que me ovaciona en las plazas, exige que yo siga siendo el de siempre: un pobre chico, analfabeto, como casi todos ellos, que camina hacia el triunfo. Es como si se vieran en mí, como si yo les representase. Y se dicen: «¡Ahí está Manuel Gómez, el Cortijero», uno de los nuestros, un pobre desgraciado, muerto de hambre, al que los ricos despreciaban... y que ahora miran con admiración y envidia. Lo crea usted o no, señora Warren, la vida de un torero salido de la nada tiene mucho de política.

—Dice usted cosas muy interesantes. Tomaré nota de ellas.

—No digo más que lo que es. No es la vida de un torero algo hecho de luces como el terno que lleva puesto. En cada actuación tiene que luchar con la muerte. Y desafiarla. Aun sabiendo que hay muchos, de los que le están mirando, que desean que el toro lo coja.

—¡Eso no es posible!

—Lo es, señora Warren, lo es. Son los partidarios de otro torero. Nosotros, los españoles, no hemos podido librarnos aún del pecado de la envidia. La envidia es nuestro peor enemigo. Y también la pasión, esa especie de ceguera que no nos permite ver más que lo que nos gusta, lo que nos conviene o satisface.

—¿Usted cree que es así?

—Lo es. El español es, desde que nace, partidario de algo o de alguien. Para él, no hay nada mejor que lo que cree ni más razón que la suya. Yo he visto peleas sangrientas entre las cofradías de mi tierra, de Sevilla. Es curioso y hasta irreverente, pero es cierto. No se le ocurra usted decir a uno de la cofradía de «Jesús del Gran Poder» que la «Macarena» es más hermosa que la imagen del Crucificado. ¡Hasta en religión somos extremistas! Por algo existió el Santo Oficio en nuestro país...

* * *

—¡Os digo que vale la pena, amigos! No os perdáis la novillada de mañana. Es la última de la temporada... y la última vez que podréis ver a Manuel como novillero. Porque el año que viene, ¡vamos a por la alternativa!

La media docena de amigos que estaban sentados a la mesa de Luis Gutiérrez de Mendoza sonrieron complacidos.

—¡Vaya suerte la tuya! —exclamó uno de ellos—. La tuviste siempre de cara, Luis.

—Es que soy un triunfador. No lo dudéis.

—¿Y quién iba a dudarlo? Durante unos años las pasaste bien estrechas, ¿eh? Primero, con el asunto de Antonio...

—¡No me hables de ese cretino! —estalló Luis—. ¡Después de todo lo que hice por él! Pero la culpa la tuvo aquel «chalao» de marqués de Valdemuera. Yo tenía muy bien cogido al de Hinojar. Me hubiese llenado los bolsillos de duros.

—Sí —dijo el que hablaba—. Fue un gran golpe para ti... y luego, el cambio de gobierno.

—¡Aquello fue la puntilla! —exclamó Luis con una mueca—. ¡La puntilla! Me quedé sin blanca, sin amigos, sin relaciones. Pasé unos años terribles. Pero luego, descubrí a Manuel.

—Y la suerte cambió.

—¡Por completo! ¡Ese chico vale lo que pesa en oro! Y no ha hecho más que empezar. Cuando haya tomado la alternativa, ¡ya veréis!

Otro de los presentes guiñó un ojo antes de decir:

—Seguro que te llevas el bocado del león, ¿no es cierto, Luis?

—¡Me llevo únicamente mi porcentaje! —protestó el apoderado—. Y es natural que cobre mucho, ya que todo el trabajo es mío.

¿Quién contrata las corridas? ¿Quién habla con los ganaderos? ¿Quién se preocupa de la publicidad, de los periódicos y de los carteles?

Esbozó una cínica sonrisa.

—Además —dijo bajando el tono de la voz—, ese chico no sabe lo que es el dinero. ¡Ni puñetera falta que le hace! Si le llenases la cartera de billetes, no sabría en qué gastarlos. Está acostumbrado a pasar hambre y estrecheces. Y cuando le entrego las pocas pesetillas que le tocan, le parece como si le hubiera caído el gordo de Navidad.

—Pues dicen que no es tan tonto como parece —intervino otro de los presentes—. En los años que pasó en casa del marqués, don Ernesto le hizo estudiar.

—¡Ganas de perder el tiempo! —rio Luis—. A la gente de abajo no les entran los libros, amigos míos. Lo único que consiguió aquel idiota de marqués fue llenar la cabeza del chico con nubes de colores. ¡Si es para mondarse! ¿Sabéis que Manuel quería ser ingeniero?

—¡No digas!

—¡El desgraciado!

—Si el marqués viviera —dijo otro—, no serías el apoderado de ese muchacho.

—¡Pero estiró la pata! No merecía otra cosa. Después de la jugarreta que me hizo con Antonio, tenía que reventar, ¡y reventó!

CAPÍTULO II

Saltó a la arena el primer novillo de la tarde. Zahonado[3] y bocinero[4]. Trescientos kilos de carne y músculos bajo la piel.

Vicente, en la barrera, justo detrás de Manuel, que ocupaba uno de los burladeros, miró al novillo al que corría uno de los de la cuadrilla.

—Bonito —dijo el de Murcia—. Con ganas de pelea. Pero ten cuidado, Manuel. Ese bicho es cornigacho[5].

—Ya lo veo. Voy a probarle.

Sacudió el capote al salir del burladero, avanzando luego hacia el centro del ruedo. Dirigió un gesto al que andaba probando al astado. Y una vez solo, en medio del silencio de la plaza, citó al cornúpeta.

—¡Toro!

El novillo, momentáneamente distraído, daba la vuelta al ruedo, lanzando cornadas, al paso, cuando asomaba un capote por un burladero.

—¡Toro!

El animal se separó de las tablas, clavando la mirada de sus ojillos en el capote que el novillero flameaba. Y, sin aviso, se lanzó en veloz carrera, derecho, como una flecha, hacia el hombre.

Dejándose caer de rodillas, Manuel lo recibió con una revolera amplia, un poco girada, de forma a detener al astado. Sin moverse, hincado de rodillas, lo citó de nuevo, ciñéndose esta vez en una media verónica que arrancó olés de todos los graderíos.

Manuel se puso en pie.

Templado, observando que el astado jadeaba, avanzó hacia él, con andares sinuosos. Luego, bruscamente, se movió hacia un lado, provocando la arrancada del novillo. Esta vez la verónica fue perfecta, y el trapo dibujó una línea rosada alrededor del torero, seguida mansamente por el cornúpeta, volviéndose después en un bello desplante.

La presidencia ordenó el cambio de tercio.

Mientras el novillo destripaba dos caballos y mataba a otro[6], Manuel fue a mojarse la boca con el agua que le tendió, en un vaso, Vicente.

—¿Qué tal? —preguntó el mozo de estoque mientras el novillero se enjuagaba.

—Bien. Tiene fuerza. Y es noble.

—¿La cuerna?

—Un poco baja, pero embiste recto, derecho. Pásame las banderillas.

Vicente frunció el ceño.

—¿También vas a banderillearle, Manuel? Acabarás rendido. Además,

por algo llevas banderilleros en la cuadrilla. No hay que comerse el pan de los otros, muchacho.

—Ya lo sé. Voy a poner solo un par. Se lo debo al respetable.

—Ten cuidado.

Lanceaban los de la cuadrilla al novillo, teniéndolo al quite para que las mulillas pudiesen llevarse al caballo muerto.

Manuel alzó el brazo, y los hombres de su cuadrilla se retiraron, dejándole solo en la plaza.

De lejos, Manuel llamó la atención del cornúpeta.

—¡Eh, toro! ¡Toro!

Avanzaba despacio, cruzando los pies a cada paso, cimbreándose como un junco.

—¡Toro!

Empuñó los dos palos, alzándolos bien en el extremo de los brazos. Y, sin dejar de balancear el cuerpo, fue disminuyendo la distancia que le separaba del novillo.

Arrancó el astado como una exhalación.

Manuel se detuvo, esperándole a pie firme.

Luego, sin bajar las banderillas, se hizo a un lado, justo cuando el animal estaba ya encima de él, truncando la trayectoria, dejando que el astado le pasara rozando.

Pero no clavó los palos.

Volvió el novillo a embestir, y Manuel repitió el elegante desplante.

Jugaba con el novillo comiéndole el terreno, enfureciéndole más y más, despertando su furia, desapareciendo en el último instante, esfumándose cuando la res esperaba encontrar el cuerpo de su enemigo en la cuna de sus astas.

El público rugía de entusiasmo.

Finalmente, truncado el talle, dejando justo el espacio para que el astado pasara, rozándole la faja, Manuel plantó su par en todo lo alto, haciendo que el novillo se encabritase y lanzara un largo mugido de cólera.

La ovación fue estruendosa.

Manuel corrió hacia la barrera, deteniéndose junto al lugar donde estaba Vicente, quien le tendió una toalla.

—¡Precioso, Manuel! ¡Precioso!

—No está muy cansado, y eso es lo importante —dijo el novillero mientras se secaba el sudor del rostro—. Llegará entero al último tercio.

—Demasiado entero —dijo Vicente frunciendo el ceño—. Para mí gusto, tiene la cabeza muy alta. No se le ha castigado lo bastante en la suerte de varas.

—No digas eso. ¿Querías que se me doblara al segundo pase? La gente ha pagado para verme con la muleta.

Manuel miró hacia las barreras, viendo una mano que se agitaba, saludándole.

Entornó los ojos.

—Ahí está la señora Warren. Vicente...

—¡Esa mujer es una cataplasma!

—No digas eso... pero, ¿quién es la muchacha que está a su lado?

Vicente lanzó una rápida ojeada a la barrera.

—Es una chica preciosa, Manuel. Y te está sonriendo.

—¡Qué idiota soy, compadre! Ahora recuerdo que la señora Warren me anunció, hace tiempo, que su hija iba a venir a España.

—Pues... ¡vaya hija!

—Voy a brindarle este novillo —dijo Manuel al tiempo que se anunciaba el cambio de tercio.

Tras haber saludado a la presidencia, el novillero se dirigió pausadamente hacia la zona de barreras en la que había visto a las dos mujeres, y con la montera en la mano, alzándola con aire torero:

—¡Dedico la muerte de este novillo a su hija, señora Warren! ¡Que Dios reparta suerte!

Uno de los de la cuadrilla había llevado al novillo frente a los tendidos del ocho, en la zona sombría que iba a facilitar la labor de Manuel.

Se metió en el burladero el ayudante y, ya solo, Manuel avanzó hacia el animal, que jadeaba con fuerza. Brillaba la sangre sobre su lomo.

El novillero examinó la posición de las banderillas, comprobando con satisfacción que no iban a molestarle en la faena. Alzando la muleta llamó al astado.

Dio dos o tres pases por lo alto, pasando inmediatamente a los pases por bajo, hasta conseguir que el novillo bajase la cabeza. Entonces, sin moverse, sin ceder una sola pulgada de terreno a su enemigo, con las zapatillas bien plantadas en la arena, inició una larga serie de pases en redondo.

El novillo giraba alrededor del torero, peonza luminosa que arrancaba olés de los graderíos.

Manuel cortó la larga serie de pases con uno de pecho, de hechura impecable. Luego, sin pausa, rodilla en tierra, trasteó al astado con una maestría que terminó por enloquecer al respetable.

El novillo, plantado ante él, bajó aún más la cabeza, al tiempo que el novillero le daba a «oler» la muleta.

El cuerpo de Manuel dio un cuarto de giro, adoptando la postura para la suerte de matar. Alzó el brazo derecho y el largo brillo del estoque pareció dibujar el esbozo de una trayectoria luminosa que apuntaba al morrillo del astado.

Un silencio completo se hizo en la plaza.

Inmóvil como una estatua, el novillero rompió bruscamente su rigidez, echando el cuerpo hacia adelante. Directamente hacia la cuna de la cuerna, sin la menor vacilación, como solo lo hacían los hombres que estaban seguros de que la punta del estoque llegaría, infaliblemente, al corazón de la res.

El novillo se desplomó como una mole.

En pie junto a su enemigo, al que su certera estocada había fulminado, Manuel recibió una de las mejores ovaciones de su vida. Los pañuelos cubrieron los tendidos como una invasión de movedizas mariposas.

Se acercó el alguaciI, dirigiéndose al toro, al que se cortaron las dos orejas y el rabo. El alguacil le entregó los trofeos a Manuel, al que abrazó.

Las flores, así como muchos objetos, empezaron a caer sobre la arena.

* * *

A aquella temprana hora de la tarde, el «Concert» no había recibido aún más que algunos clientes.

La orquestina tocaba un pasodoble.

En el camerino colectivo, María miraba su rostro ajado en el espejo que manchas oscuras salpicaban. A su lado, Lolita, otra de las cupletistas, bebía a pequeños sorbos su copa de aguardiente.

—Yo —dijo Lolita—, si estuviese en tu lugar, lo haría.

Sin dejar de mirarse en el espejo, María frunció el ceño.

—¡No puedo hacerlo. Lola! ¡No puedo hacerlo!

—Pero, ¿por qué no, amiga mía? Lo quiera él o no, es tu hermano.

—Es cierto. Pero es al mismo tiempo un hombre honrado, limpio... mientras que yo...

—¿Y qué culpa has tenido de llegar hasta aquí? ¿Qué culpa hemos tenido todas? Nuestra historia es la misma, chiquilla... Un sinvergüenza, un canalla, un malnacido que nos engañó... y luego nos tiró como colillas. ¿Crees que Manuel no lo comprendería?

—No lo sé, Lola, no lo sé. Cuando me llevaron a Sevilla «Manoliyo» había desaparecido. Se fue por esos mundos de Dios.

—Y se ha convertido en todo un hombre. Un hombre valiente.

—Que se juega la vida en cada corrida.

—Pero se la juega con limpieza —dijo la Lola—. También nosotras nos la jugamos, a nuestra manera, muriendo lentamente en este asqueroso ambiente, soportando las cochinas miradas de unos puercos, teniendo después de cada actuación que alternar con ellos. ¡A esto le llamo yo morirse poco a poco, María! Como los enfermos incurables del hospital.

—Es verdad.

—Mientras que tu hermano, si tiene la desgracia de ser cogido de muerte, habrá gozado del triunfo, del respeto de todos... De veras, amiga

mía. Deberías ir a verle.

—No puedo, no puedo, Lola...

—Como tú quieras —dijo la otra.

Sonrió por lo bajo, gozosa de haber encontrado la forma de ayudar a su amiga. «¿Quién sabe», se preguntó. A lo mejor, cuando la María se hubiera convertido en una señora... se acordaría de ella.

Se puso en pie.

—Oye, María. He olvidado algo en mi casa. Como el trajín no empezará hasta dentro de una hora, por lo menos, voy a irme. Si no volviese a tiempo me haces un número, ¿de acuerdo?

—¿Y don Tomás? Ya sabes que no le gusta que nadie falte.

—¡Que le zurzan! Bastante gana con nosotras. ¡Ay. Dios! El día que pueda dejar esta vida arrastrada...

Y se fue.

* * *

Vicente abandonó el hotel, refunfuñando.

—¡«Mardita» sea! Lo que le faltaba al maestro. Acaba de terminar la novillada y ya tiene a esa «miss» y a su hija para darle el «tostón».

¡No había derecho!

Manuel debía descansar. Había despachado a los dos novillos de sendas estocadas en todo lo alto, cosechando en su segundo los mismos trofeos que en el primero.

Y había salido por la puerta grande, llevado en andas por los «capitalistas».

¡Menuda tarde!

Pero, por lo visto, a Manuel le «había dao algo» al ver a la hija de la americana, y ni siquiera hizo caso a su apoderado. Don Luis estaba, no obstante, deseoso de hablar con el torero, prometiéndole como siempre el oro y el moro, hablando de las corridas que al año siguiente contrataría, no solo en España, sino en Méjico.

Al Vicente se le ponía la carne de gallina cada vez que veía a don Luis.

—«Pué» que sea una buena persona —le decía a Manuel—, pero a mí no me engaña este —y se tocaba el pecho—. Cuando un «gachó» se me atraviesa la primera vez que le veo, ¡es que lleva algo podrido dentro!

—Pero Vicente, por favor, hombre. ¡No seas desconfiado! Hasta ahora don Luis ha llevado mis asuntos con mano maestra. Es un buen apoderado.

—¡En eso sí que tienes razón, Manuel! Como «apoderao» es de lo mejorcito que hay. ¡La prueba! Me jugaría la cabeza a que ya se ha «apoderao» de buena parte de lo que tú ganas.

—¡Mira que eres bruto. Vicentico! Son los gastos generales, amigo mío. Hay que contar con ellos...

—¡Ese don Luis de mis entretelas sí que sabe contar... «pa» su bolsillo.

¡Ay, si él hubiera sabido de cuentas!

Pero era un pobre ignorante, aunque algo, muy dentro de su pecho, le decía que don Luis se estaba forrando a costa del inocente de Manuel.

Sin saber qué hacer salió del hotel, echando a andar calle de Bravo Murillo arriba, hacia la plaza de Tetuán, el coso en el que horas antes Manuel había demostrado su valía.

—Seguro que nos volveremos a pasar el verano en Sevilla —dijo en voz baja.

Menos mal que el tal don Luis había permitido que Manuel se comprara una casa en Triana. No era nada del otro mundo, y Vicente estaba más que seguro de que con el dinero que llevaba ganado el novillero podría haber adquirido algo mejor.

—¡Es más bueno que un pedazo de pan!

«¡Maldita sea! —pensó luego—. ¡Maldita sea mi estampa! Si hubiese estudiado en la casa del marqués, como lo hizo Manuel, hoy sería yo el apoderado... ¡y por la Virgen que no le robaría ni cinco céntimas! ¡No faltaría más! Todo lo que soy se lo debo a él. Y haría por Manuel lo que él quisiera...»

—¡Eh, usted!

Se volvió, mirando con curiosidad a aquella guapetona que, con un mantón de Manila, un alto moño con peineta corta, se acercaba a él.

—¿Es a mí? —inquirió extrañado.

—Eso depende —dijo la otra con un acento castizo en la voz—. Si es usted el que busco, entonces de acuerdo; si he cometido un error, entonces ¡«nanay»!

—Usted dirá, señora...

—Señorita —le rectificó Dolores—. Señorita, de los pies a la cabeza.

—Por muchos años.

—¿Eh? ¡Menos guasa, Nicolasa! Que la hija de su madre piensa casarse. ¡Por la Iglesia, como Dios manda! Pero bueno, a lo que íbamos. ¿Es usted el mozo de estoque de El Cortijero, «por un casual»?

—Sí, soy yo. Vicente López. Para servir a usted.

—Beso a usted la mano, caballero. Yo soy Dolores Díaz. «Lola, la Greñas», por desgracia, para mí público. Porque soy artista, ¿sabe usted, don Vicente?

El murciano estuvo a punto de atragantarse al oírse llamar «don» por primera vez en su vida.

—Así que es usted artista —inquirió—. ¿De teatro?

—De café-concierto, amigo mío. Una profesión de lo más «tirá». Pero hay que ganarse los garbanzos, ¿no es cierto?

—Desde luego.

Ella echó una mirada en derredor.

—Yo no digo «na», caballero, pero no creo que esté bien visto que sigamos aquí, en plena «rúa». ¿No podríamos sentarnos en alguna parte? Tengo que hablar con usted.

—Perdone. Ahí hay un café... si le gusta el sitio...

—¡Me «pirria»! A mí me pone usted detrás de un buen «cafelito» con leche, con la consabida compañía de una ensaimada, ¡y soy capaz de ponerme a cantar!

—Pues vamos.

Momentos después, sentados en el fondo del local y tras que el camarero les hubo servido las consumiciones, Dolores, mientras mojaba la ensaimada, miró con fijeza a su acompañante.

—Debe estar orgulloso de su torero, ¿no, don Vicente?

—¡Vaya si lo estoy! No hay ninguno mejor que él. ¡Si hubiera visto usted esta tarde!

—¿Conoce usted a la familia de Manuel? —preguntó Dolores sin más circunloquios.

—No. La conozco solo de oídas, ya que Manuel me ha hablado de ella, de sus padres y de una hermana a la que, de niña, llamaban «Mariquiya».

—¿Y no sabe Manuel lo que le ocurrió a su hermana?

—Que yo sepa no, señora Dolores...

—¡Nada de señora, pollo! Que no soy abuela...

—Perdone usted, señorita.

—Así está mejor. A lo que íbamos... tiene usted que saber que el padre la vendió a un señorito.

—¿Eh?

—Como usted oye. Ella era una niña, como lo somos todas cuando nos engañan con promesas falsas. ¡La vida, pollo! El tipejo que se la llevó a Sevilla era uno de esos puercos que se consideran muy hombres cuando engañan a una pobre muchacha. Total, de Sevilla a Madrid, y una vez aquí, cuando el «gachó» se cansó de ella, la puso de patitas en la calle, sin un puñetero cuarto... ¡y ahí te pudras! ¡Si te he visto, no me acuerdo!

—¡Menudo canalla! ¿Y qué hizo ella?

—¿Qué «quié» usted que hiciera, caballero? O se ponía a trabajar o se metía en una casa de la calle Ceres... Usted ya me entiende. Así que se puso a cantar, tiene una voz preciosa, y ahora, desde hace mucho tiempo, trabaja conmigo en el «Concert».

—¡Menos mal!

—¿Eh? ¡Alto ahí, señor mío! Que por lo que veo, «usté» no ha «cazao» el meollo del intríngulis del asunto. Sepa usted que el «Concert» no es el Teatro de la Zarzuela, ¡ni mucho menos! Ese local adonde la María y yo trabajamos es lo más «infeto» que hay en la Corte. Una inmunda

tabernucha «disfrazá» de sala de espectáculo. Eso es lo que es. Y el negrero que dirige el cotarro, un tal don Tomás, que «tié» el don no sé por qué, nos hace alternar. ¿Usted sabe lo que es el alterne, pollo?

—No. Yo solo conozco la alternativa.

—¡Muy gracioso! Pues viene a ser algo semejante. El Tomás de marras nos ha puesto en la «alternativa»: o nos dejamos manosear por sus asquerosos clientes... o a la calle.

—Eso es indigno.

—¡Dígamelo usted a mí! Por eso, don Vicente, he venido a verle. Tiene usted que hablar con su torero. La María no puede seguir en un ambiente como ese... cuando tiene un hermano que está lleno de duros.

—Tanto como lleno... —dijo Vicente.

Pero después de un silencio.

—Pierda usted cuidado, señorita. Hablaré con el maestro. Y puede estar segura de que Manuel se pondrá loco de alegría al poder ayudar a su hermana. Pero... ¿y usted?

—¿Yo? —dijo Dolores con un deje de amargura en la voz—. ¿Y a quién puede importarle lo que le pase a la hija de mi madre, caballero? Por algo me pusieron Dolores, don Vicente, y seguro que el cura que me bautizó echó en el agua bendita más sal de la que la que debía poner...

CAPÍTULO III

—¿Dónde te habías metido?

A Vicente se le subió el pavo al ver a tanta gente en la salita de la habitación de Manuel. Porque además de la señora Warren y su preciosa hija, estaba el mismísimo don Luis, con su traje flamante, gris como el bombín que su enguantada mano izquierda sujetaba, junto al bastón de puño de oro.

—He dado una vuelta por ahí —dijo el murciano, que no quiso recordar al novillero que había sido él quien le había dicho que se fuese... para hablar con las americanas.

—¡Pues te has perdido un buen montón de noticias, Vicente de mis entretelas! —exclamó Manuel que parecía loco de contento—. Anda, siéntate, que no quiero que te dé un soponcio.

Vicente se dejó empujar hasta uno de los sillones. No se atrevía a mirar a ninguno de los otros, manteniendo los ojos clavados en el rostro lleno de júbilo de su amigo.

—¿Estás preparado, Vicentico? ¿Sí? ¡Pues ahí va la primera! Don Luis y yo hemos hecho cuentas...

—¡Ave María purísima!

—¿Decías algo?

—No, nada —repuso Vicente que de colorado había pasado a ponerse intensamente pálido.

—Y como si alguien se hubiese enterado de que tenía dinero ha venido a visitarme el administrador de don Antonio de Hinojar. Te acuerdas de quién es ese señor, ¿verdad?

—Desde luego que sí. El dueño del cortijo donde naciste.

—¡Eso es! Don Antonio está en dificultades y quiere venderme la finca...

—¿Es que...? —preguntó Vicente lanzando una rápida mirada a don Luis, que estaba hablando con las extranjeras— tienes tanto dinero, Manuel?

—¡Hombre! —exclamó el torero poniéndose serio—. No para pagarlo al contado, eso se sobrentiende, pero don Luis, que es un lince, conseguirá que podamos pagarla a plazos... ¿no es cierto, don Luis?

El interfecto se acercó a ellos, y sin mirar a Vicente:

—Ya sabes que soy capaz de hacer cualquier cosa por ti, maestro. Por otra parte, conozco muy bien al de Hinojar y sé cómo he de apretarle las clavijas. Cuando quiere vender el cortijo es que está con el agua al cuello...

«Y tú —pensó Vicente—, vas a meterle la cabeza en el cubo, ¡hasta que se ahogue!»

—Pasemos a la segunda noticia —dijo Manuel—. He invitado a la señora Warren y a Patricia, su hija, a pasar el verano en esa finca. ¿Te das cuenta?

—Me parece muy bien.

—El maestro tiene que enfrenarse —intervino don Luis—. Y empezar a ser un hombre importante, un ganadero famoso, como lo son la mayoría de los grandes toreros. Además, en otoño, en cuanto empiece la temporada, vamos a tomar la alternativa, aquí, en Madrid, en las Ventas. ¿No es verdad, Manuel?

—¡Pues claro que sí, don Luis!

Vicente se incorporó, mirando seriamente a su amigo.

—Quisiera pedirte un favor, Manuel.

—¡Lo que tú quieras!

—¿Podrías dejarme tu casa de Sevilla? Preferiría pasar allí el verano, si es que no te molesta.

—¿Por qué habría de molestarme, Vicentico? No te has separado de mí en todos estos años, y comprendo que quieras descansar un poco.

—Así es —dijo Vicente con el mismo tono serio en la voz—. Necesitaré algunas pesetillas, Manuel.

—¡Lo que tú quieras! Pero espero que vendrás a verme alguna vez a la finca.

—Te lo prometo.

* * *

Cuando con paso tímido entró Vicente en el local, Dolores acababa de aparecer en el minúsculo escenario. El camarero condujo al cliente hasta una de las mesas laterales. El local estaba casi lleno. Vicente, lanzando una ojeada a los hombres sentados a las mesas, algunos en compañía de mujeres jóvenes, sintió una sensación desagradable.

La orquesta acalló las voces de los presentes y, en el escenario, haciendo correr el mantón sobre sus hombros. La Greñas —llevaba el cabello rizado y alborotado, de ahí su mote— empezó a cantar:

«No me mires, pillín, que me sofocas...
No me mires así, que me "tiés"" loca...»

Vicente no se atrevió a mirar a la cupletista, bajando los ojos al tiempo que experimentaba una turbadora sensación. ¿Qué le estaba ocurriendo? Por primera vez en su vida era preso de una desazón creciente que le

atormentaba.

Cuando Dolores terminó su cuplé, algunos aplaudieron y un hombre gordo, cuyo prominente abdomen estaba cruzado por una gruesa cadena de oro, gritó:

—¡Te estoy esperando, Lola!

Muy digna, la muchacha descendió de la estrada, dirigiéndose directamente a la mesa ocupada por Vicente.

—¡Eh, Lola, que te equivocas! —lanzó el obeso.

—¡Olvídame, tonel! —dijo ella sin volverse.

Y sentándose frente al murciano:

—No le esperaba tan pronto. Oiga, amigo, ¿sabe que no me ha mirado ni una sola vez? ¿Es que soy tan poco «agracié»?

—Perdone —dijo el muchacho alzando hacia ella sus ojos tímidos—. No he podido hablar con Manuel.

—Entonces —dijo ella frunciendo el ceño—, ¿por qué ha venido usted?

—He conseguido que el maestro me dejara su casa de Sevilla.

—Eso quiere decir que viene usted a por María, ¿no?

—Sí, eso es.

—No me había equivocado —dijo, ella tendiendo la mano que posó sobre una de las del murciano—. Desde que lo vi, don Vicente, supe que era usted un hombre de verdad. ¡Lo contenta que va a ponerse María! ¡Ya era hora de que la pobre escapase de este asqueroso ambiente! ¡Voy a ayudarla!

Ahora fue la mano de Vicente la que retuvo la de la joven.

—¡Espere, Dolores! Es decir, señorita...

—Llámeme Dolores, Vicente; es decir, llamémonos de tú. Con hombres de tu clase, no me preocupa apear el tratamiento.

—Gracias, Dolores.

—¿Ibas a decirme algo? —inquirió ella con un extraño brillo en los ojos.

—Sí. Quena decirle a usted... quería decirle que, si quieres, puedes venir con nosotros.

—¿A Sevilla?

—Sí.

—¿Y dejar esto?

—Sí.

—¿Para siempre?

—Si tú quieres...

Ella retiró la mano con presteza y, mirando fijamente al muchacho:

—¿Sabes lo que vas a hacer, Vicente? No quisiera que te equivocases conmigo. Olvida lo que nos rodea, por favor. Me entiendes, ¿verdad?

—Sí. No temas, Dolores. Mis intenciones son buenas.

Ella se puso en pie y, acercándose a él, se inclinó para besarle en la mejilla.

—¡Te quiero! —dijo con fuga—. Voy a prepararme y a decir a María que se prepare también...

Se alejó, erguida, con un nuevo brillo en los ojos. Una mano le cogió por la larga falda.

—¡Te invito a un trago, preciosa!

La mano izquierda de la joven salió disparada, abofeteando sonoramente al atrevido.

—¡Quítame las manos de encima, cerdo!

Un hombre alto, delgado, con largas patillas y rostro afilado, se movió con destreza por entre las mesas, plantándose, con los ojos enfurecidos, ante la cupletista.

—¿Pero qué has hecho, «desgracia»? O pides perdón a ese caballero... ¡o estás despedida!

La Dolores se puso en jarras, alzando desafiante la cabeza.

—¡Soy yo quien me despido, Tomasini ¡Me largo! ¡Me doy el «piro»! ¿Lo entiendes, «milhombres»? ¡Me doy el «zuri»! Y no alces la voz... porque allí está mi hombre, uno de verdad, no como tú... y si abres tu bocaza, te va a afeitar en seco.

Tomás miró hacia la mesa Vicente estaba en pie, la chaquetilla abierta, la mano acariciando las amplias cachas de su navaja de Albacete.

—Está bien —dijo el hombre con voz ronca—. Puedes irte. —También viene con nosotros la María... ¡«pa» que te enteres!

Tomás giró sobre sí mismo, alejándose de allí.

* * *

—Padre...

Manuel había dejado a sus invitados en la gran mansión, sin osar mirar al mayoral, que les había recibido cortésmente. Tampoco el padre miró a su hijo, inclinando la cabeza. Pero ahora, solos junto al carricoche que les había traído desde Sevilla, los dos se miraban con fijeza, como dos extraños.

Manuel se percató de que su padre había envejecido mucho en aquellos años, aunque se mantenía erguido y con un brillo de orgullo en los ojos. Se había convertido, desde luego, en la estampa misma del mayoral, que tanto había temido y odiado «Manoliyo» en la persona de Remigio.

—Así que ahora es usted el amo, ¿no? —preguntó el mayoral.

Con el corazón contrito, Manuel se percató de que las palabras que el otro había pronunciado abrían un abismo infranqueable entre ellos. Por primera vez en su vida comprendía al hombre que tenía ante él. Y se le cayó el alma a los pies, al comprobar que su padre no estaba dispuesto a

abrirle sus brazos.

Estaba claro como el agua que para el viejo mayoral. «Manoliyo» había muerto el día que se fugó. El otro, el hombre que ahora era el nuevo propietario de la finca, era un extraño, un amo. Nada más que eso.

—Si usted quiere que deje el cargo de mayoral no tiene más que decirlo, don Manuel.

El torero se envaró.

—Puede usted seguir, Manuel. Haga que desenganchen el tiro, que cepillen bien a los caballos y que les den agua y pienso. Esta tarde, a las cinco, vendrá usted a verme... y hablaremos del ganado.

—Como usted mande, don Manuel.

Iba a alejarse el mayoral, cuando el torero preguntó con voz trémula.

—¿Y madre?

—Murió. Hace tres años.

—Está bien. Eso es todo.

* * *

La casita del barrio de Triana estaba llena de luz y de cantos. Como una jaula nueva. Las voces de las dos muchachas trinaban sin descanso. Y Vicente, echado sobre una tumbona en aquel patio sombreado y fresco, con las hojas de la parra sobre la cabeza, se dejaba mecer por aquel gozo que era como un chorro de agua fresca que le salpicase dulcemente el alma...

—¡Vicente!

Se incorporó a medias al oír la voz de Dolores. La muchacha, remangada su blusa, rojas las mejillas, brillantes sus grandes ojos garzos, penetró en el patio.

—¡Pero... hombre! —le dijo ella sonriente, plantada ante la hamaca—. ¡Que vas a criar pelusa en el fondo de los pantalones! ¡Mira que puedes ser vago! ¿Fuiste ya a hablar con el párroco?

—Sí —repuso Vicente con voz indolente.

—¿Y al Juzgado?

—Tengo que ir hoy.

—¿Y a qué esperas, bendito? Yo no sé lo que te pasa a ti, pero yo tengo todo el cuerpo que me hace cosquillas. ¿Es que no lo entiendes. Vicente? ¿Cómo tengo que decírtelo? Me estoy muriendo de ganas de que me tomes en tus brazos. ¡Vaya «mano» que me he «buscao»! ¡Ay, si yo fuera hombre y una mujer me dijera lo que yo acabo de decirle!

—Ya voy, mujer.

—¿Sabes una cosa, Vicente de mi alma? Aquí, en esta dichosa Andalucía, toda la sangre está en las venas de las mujeres. Porque los hombres... ¡Dios me valga! Si parece mismamente que les parieron «cansaos». ¡Si ni siquiera tienen prisa para casarse!

Vicente se puso en pie, la cara llena de sonrisa.

—Yo no soy de aquí, Dolores.

—¡Eso ya lo sé! Pero, por lo que veo tu Murcia debe parecerse mucho a esta tierra de la Virgen Santísima. ¡Anda, hombre! Que se me suben los calores de verte, «pasmao».

—No te enfades, mi Dolores.

—¡Pero si no me enfado, hombre de Dios! Si es que te quiero cada vez más. ¡Si estoy loca por tus huesos! ¿Es que no me ves temblar como un flan? ¡Si te comería aquí mismo, hombre mío! Anda, corre al Juzgado y trae esos dichosos papeles. Y date prisa, Vicente... porque si sigues a mí lado creo que voy a hacer una barbaridad... ¡Que el Señor me perdone esas malas ideas que tengo!

* * *

Seguidos por varios vaqueros, puya en ristre, los cuatro jinetes penetraron en la amplia dehesa. Rompían la marcha Manuel y el mayoral. Definitivamente resignado el torero no había hablado de su familia a las dos mujeres.

¿Para qué?

Mientras estuvo lejos del cortijo había olvidado ese sentido fatalista que los andaluces tienen de la vida, algo que expresaba trágicamente el «¿qué más da?» o el «¿qué le vamos a hacer?»

Pronto aparecieron los primeros astados; se adelantaron los vaqueros para contener los impulsos imprevistos de la torada y, al mismo tiempo proteger a las mujeres.

—¿Qué ganado nos queda? —preguntó el joven.

—Ciento ochenta cabezas en total, don Manuel.

—¿Toros de lidia?

—Veintiocho. Cuatro corridas o cinco, si otra ganadería las completa, sin contar los sobreros.

—¿Utreros?[7].

—Cincuenta justos, don Antonio.

Siguieron la cerca y, de repente, al ver al viejo olivo, retorcido y medio seco en medio del calvero, Manuel sintió que algo amargo se le subía a la boca.

—¿Cómo? —inquirió—. Este pedazo no pertenecía a la finca de don Antonio.

—Es verdad, amo. Se la cedió el marqués, que ayudó mucho a mí antiguo amo.

Los recuerdos inundaron el corazón del torero; luego, sin darse cuenta, retrocediendo aún más en el pasado, inquirió:

—¿Y «Ermitaño»? Lo lidiaron, ¿verdad?

—No, don Manuel. Don Antonio se lo vendió al duque de Valladar. Era un animal que no servía para la lidia. Estaba lleno de resabios. Por eso hicieron de él un semental.

—Debe estar muy viejo...

—Murió el año pasado, pero ha dejado buena semilla en la ganadería del duque.

—Me alegro. Porque creo que serán los toros del duque los que tendré que torear en mi alternativa.

—Le deseo mucha suerte, don Manuel.

—Gracias.

Manuel tiró de las bridas, haciendo que su montura se reuniera con la de las dos mujeres.

—¿Les gusta esto? —preguntó barriendo de su mente los recuerdos.

—¡Es precioso! —dijo Patricia—. Pero...

Su madre acarició las crines de su caballo. Ambas mujeres montaban a la amazona.

—Si me permite, don Manuel —dijo la mujer—, voy a charlar un poco con el mayoral. Es un hombre muy agradable.

—Como usted quiera, señora.

Patricia esperó que su madre se alejase; después, volviéndose hacia el torero:

—¿Lo has pensado bien, Manuel?

Patricia Warren era una mujer delgada, esbelta, con una magnífica cabellera negra y ojos del mismo color. Hablaba el castellano con un dulce acento mejicano, como su madre.

Manuel tardó unos instantes en contestar.

—Sí, lo he pensado. Un año en los ruedos... ¡y se acabó!

—Todavía un año... —murmuró la joven con un deje lastimero en la voz.

—Pasará enseguida. Ya sabes que quiero seguir estudiando, Patricia, pero necesito organizar mi vida. He pasado demasiadas estrecheces para volver a las andadas.

—Si es por el dinero. Manuel...

Él se irguió sobre la silla, y la mirada que dirigió a la muchacha estaba cargada de dulces reproches.

—No estamos en América, querida —dijo con firmeza—. Aquí, en esta tierra, ningún hombre de bien admitiría dinero de la que va a ser su mujer. Tendremos que esperar, Patricia.

Ella acercó el caballo al del torero.

—Tienes razón, querido. Si he de ser tu mujer y vivir aquí, contigo, tengo que empezar a acostumbrarme a ver las cosas como tú las ves. ¿Me das un beso?

CAPÍTULO IV

—¡No! —exclamó Vicente poniéndose intensamente pálido—. ¡Eso no puede ser verdad!

Una nube de tristeza pasó por el rostro de María.

—Es cierto, Vicente. Hasta que tú no nombraste a ese hombre yo no sabía que se trataba del mismo. Es verdad... fue ese desgraciado de don Luis quien me esperaba en Sevilla.

—¿Y tu padre? ¿Por qué no impidió esa canallada?

—No podía hacerlo. Y no le guardo rencor. Padre fue siempre un pobre hombre, un simple bracero.

—¡Tengo que hablar con Manuel!

—No, Vicente. No lo hagas —le rogó la muchacha—. Deja las cosas como están. Ya te dije que si Manuel venía a esta casa, yo me escondería hasta que se fuera. Por suerte, parece que está muy ocupado en la finca. Y me alegro mucho de que, como me contaste, esté en camino de encontrar la felicidad.

Pero el murciano no la escuchaba.

—¡El muy marrano! ¡Si ya lo decía yo! A mí no me engañó nunca ese pillo de siete suelas.

—Tienes que prometerme —insistió María— que no dirás nada a Manuel.

Vicente la miró con fijeza.

—Es mucho lo que me pides, pero haré como quieres. Ahora, ¡ese hijo de mala madre me las paga! ¡Por estas! Se me está ocurriendo una...

—¡Vicente! —gritó Dolores alarmada.

—No temas, cariño. Las cosas han cambiado. Tú y yo nos casamos pasado mañana, como previsto, pero no avisamos ni invitamos a nadie. No quiero que la gente del cortijo venga a Sevilla. Y en cuanto nos casemos, ¡nos vamos para Madrid!

—¿Y dejamos esta preciosidad de casa? —inquirió, alarmada, Dolores.

—Solo por unos meses. Buscaremos pensión en Madrid y viviremos allí los tres. Yo me voy esta tarde al cortijo...

—¡Cuidado, Vicente!

—No tengas cuidado, amor mío. Un viaje rápido, de ida y vuelta. Después, cuando regrese, preparamos la boda y nos vamos a la capital.

* * *

—¡Dichosos los ojos, Vicentico!

—Hola, Manuel.

—¡Ven a mis brazos, perillón! Me tienes abandonado. Algo debes estar haciendo en Sevilla, ¡granuja!

—Me he casado, Manuel —mintió el mozo de estoque.

—¿Qué? ¿Pero qué dices? ¿Qué te has casado sin decirme nada?

Vicente bajó la cabeza.

—Perdona, Manuel, pero tuve que hacerlo así, con prisas...

El torero le dio unas palmadas en el hombro.

—Comprendo, Vicente. ¡Menuda sorpresa! Pero no te preocupes. Lo pasado, pasado. Lo importante es que hayas cumplido como un hombre.

El murciano se mordió los labios.

Nunca había mentido al «maestro», pero ahora tenía que hacerlo por su bien.

—Nos vamos a Madrid —dijo—... y necesitaba...

—¿Dinero?

—Sí.

—¡Todo lo que quieras, amigo mío! Deberías habérmelo pedido antes...

—Siempre es tiempo.

—Bien. Pasa. Voy a darte lo que necesitas. ¡Mira que haberse casado! ¡Me has dejado de piedra! Pero me alegro que hayas venido hoy, ya que mañana nos vamos.

—¿Regresas a Madrid? —inquirió Vicente con un cierto tono de temor en la voz.

—¡No, de ninguna manera! En verano, Madrid es un horno. Nos vamos a Granada, después a Málaga y a Cádiz. Quiero que mi futura madre política conozca Andalucía.

—Entonces, ¿también te han «cazao»?

—¡Y que lo digas! Pero lo nuestro va más lento. Nos casaremos el año que viene, cuando termine la temporada.

—Entiendo.

—Anda, ven... ¡Y no estés tan serio! Si todos los recién casados tienen esa «jeta» creo que voy a arrepentirme.

* * *

Desde que el carricoche dejó el cortijo, camino de Sevilla, el Eleuterio, al que el mayoral había ordenado de llevar a Vicente, no dejó de hablar.

—¡Todavía me parece mentira! —dijo el bracero—. ¡Si usted hubiera visto a ese chiquillo! ¡No levantaba más de cuatro palmos del suelo! Y ahora... ¡hecho todo un mataor de toros!

—No vaya usted tan aprisa, paisano —sonrió Vicente—. Por ahora, novillero.

—¡Pero qué novillero!

—Mire, en eso «tié» usted razón, compadre. El Manuel se mete las plazas en el bolsillo... en cuanto da los primeros pases para templar al bicho, los graderíos se vienen abajo.

Eleuterio movió la cabeza de un lado para otro, como si no alcanzase a comprender.

—La verdad es que nunca entendimos cómo el Manuel podía haber tenido un hijo como aquel. Era de lo más «esmirriao» que se puede uno echar a la cara. Y cuando oí decir que se iba a visitar a «Ermitaño» todas las noches, ¡me quedé de piedra! ¡Se lo juro a usted por mí santa madre!

—Entiendo. ¿Y de la hija? ¿Qué sabe usted de la hija?

—¿De «Mariquiya»?

—Sí.

La mirada del bracero se nubló.

—Mire usted, señor; a mí no me gusta meterme donde no me llaman. Cada uno tiene su familia y hace lo que cree debe hacer con ella. Yo solo sé que vinieron a buscar a la niña, de Sevilla, un par de criados con un coche. Pero de eso hace ya tanto tiempo...

Al llegar al puente de Triana Vicente rogó al otro que le dejase allí.

—Terminaré el camino a pie. Está a dos pasos. ¡Gracias por todo.

—Que haya suerte... —repuso Eleuterio llevándose la mano al ala del sombrero.

Vicente continuó su camino. Apenas acababa de atravesar el puente, cuando una mano le cogió por la manga de la chaquetilla.

—¿Te la hecho, «resalao»? —y cogiéndole la mano—. ¡Tienes suerte por arrobas, hombre! Aquí veo a una mujer morena que está que se muere por ti... y un viaje... y mucha gente.

—¡«Ozú», cuánta gente veo! Es una plaza de toros...

La gitana alzó hacia Vicente sus ojos sombríos.

—Veo un toro, alto como un castillo... ¡No te acerques a él! Porque esa bestia lleva tu nombre escrito en las astas.

* * *

Tuvo que esperar en la antesala hasta que el patilludo mayordomo volvió, el ademán hiératico, el porte solemne y engolado.

—El señor ha decidido recibirle —dijo—. Tenga la amabilidad de seguirme.

Vicente, que por primera vez iba a aquella casa, situada en la calle de Serrano, una de las más aristocráticas de la capital, había tenido sobrados motivos desde que entró en la mansión para percatarse del lujo y boato en que vivía el don Luis de marras.

Le precedió el fámulo hasta un gran salón en cuyo fondo había una

monumental chimenea. Cuadros de valor colgaban de las paredes y había, sobre uno de los muros, la cabeza disecada de un Miura.

—¡Adelante! —exclamó Luis al verle—. ¡Vaya agradable sorpresa! Yo no sabía que el maestro había regresado tan pronto a Madrid.

—No —repuso el mozo de estoque—. El maestro sigue en su finca, y me ha enviado para rogarle que vaya usted a verle.

—¿Eh? —se encabritó el apoderado—. ¿Ha ocurrido algo malo?

—Al contrario, don Luis. Lo que ha pasado es que Manuel tiene la casa llena de gente. Unos ganaderos mejicanos que se enteraron que está allí y fueron a verle para contratar con él algunas corridas. Naturalmente, Manuel no quiere dar un paso sin que esté usted presente.

—¿Mejicanos? —inquirió Luis con los ojos brillantes—. Eso significa «plata», Vicente, que así llaman ellos al dinero. Vamos a salir enseguida. Porque supongo que vendrás conmigo.

—Sí.

—Cogeremos el tren de esta misma noche. Ven a buscarme a las siete y media. ¿De acuerdo?

—Lo que usted mande, don Luis.

—Has traído unas buenas noticias, buenas de verdad, Vicente de mi alma.

* * *

Muy serio, el mayoral esperó a que los dos hombres descendiesen del carruaje que les había traído de Sevilla.

—Todos los señores están en la dehesa —dijo—. He hecho preparar dos buenos caballos para ustedes.

Vicente tuvo que ocultar la alegría que pugnaba por salirle de la cara.

«¡Buen trabajo, viejo!», se dijo.

Había mandado una carta al mayoral, escrita por su propia hija, hablándole sin tapujos, diciéndole la verdad. ¡Aquella María! Resultó ser mucho más lista de lo que Vicente creía, y fue ella, en la pensión madrileña en que habitaban los tres, quien, con su puño y letra estableció el documento, que el Vicente llevaba en el bolsillo de pecho de su chaquetilla.

Apareció el mozo de cuadra llevando de la brida a dos caballos, uno de los cuales portaba un saco en el arzón de la silla.

—Ese es el mío —dijo Vicente—. Monte usted al suyo, don Luis. Manuel debe estar esperándonos con esos señores.

Luis no se hizo rogar, subiendo ágilmente a la silla de su caballo.

Veinte minutos más tarde se encontraban en la parte más alejada de la dehesa.

—No se les ve por parte alguna —observó Luis.

—Deben estar un poco más arriba —repuso el mozo de estoque—. Y

no mire usted de esa manera a los toros, don Luis... ¡que no muerden!

—Pero cornean.

—No aquí. Vamos.

Diez minutos de trote les condujeron a una parte aislada en la que se veían algunos toros sueltos.

—Desmonte usted, don Luis.

—¿Por qué?

—Por los toros. Estos son los más bravos y suelen enfurecerse si ven a un caballo. Las monturas les ponen nerviosos.

Desmontaron ambos y Vicente, tras apoderarse del saco, dio una palmada en las ancas a los dos brutos, que se alejaron al galope.

—¿Por qué has hecho eso, Vicente? —preguntó Luis con el ceño fruncido—. No me gusta nada tener que andar a pie por entre esos astados.

Sin decir una palabra Vicente abrió el saco, del que extrajo una capa. Alzando la cabeza tendió el trapo al apoderado.

—¡Qué significa esto? —preguntó Luis.

—Es muy sencillo, don Luis —repuso e, otro con calma—. Que ha llegado el momento de que sepa usted cómo Manuel gana el dinero que usted le roba.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo, imbécil?

Vicente le tiró la capa a los pies.

—No sé mucho de cuentas, don Luis, pero alguien, a quién usted conoce, me ha ayudado a ver las cosas claras. Desde que es usted el apoderado de ese pedazo de pan que es Manuel, esa persona ha calculado que le ha robado usted al maestro más de cien mil duros.

—¡Mentira!

El Vicente sacó el papel del bolsillo.

—Aquí tengo lo que ustedes llaman un reconocimiento de deuda. La persona de la que le he hablado antes ha hecho el cálculo. Sí usted lo firma nos vamos de aquí... y en paz.

—¡Yo no firmaré nada, estúpido! Te mandaré a la cárcel. A ti y a esa persona... sea quien sea.

—Se trata de María, don Luis. La hermana del maestro, a quién usted engañó abandonándola en Madrid después de haber abusado de ella, cuando no era más que una niña.

Luis se puso pálido.

—¡Eso es mentira! —gritó—. Fue Antonio de Hinojar quien me entregó a esa muchacha, pagándome un gran favor...

Vicente se volvió hacia los astados.

—Como usted quiera, don Luis... ¡Toro!

Uno de los animales alzó la testa de gigantesca cuerna, empezando a moverse hacia los hombres.

—Coja la capa, don Luis. Porque ese bicho que se acerca parece que no tiene buenas intenciones. ¡Sude un poco! Y compruebe que Manuel también suda cuando se encuentra ante un morraco como ese...

—¡No! ¡Vicente, no! ¡Por lo que más quieras!

—Entonces... ¿una firmita, don Luis? Llevo pluma y tintero en el saco...

—Sí, firmaré, pero sácame de aquí...

Mientras se alejaban de la zona en busca de los caballos, que se habían detenido unos trescientos metros más abajó, Vicente, con el papel firmado y rubricado en el bolsillo, sonreía.

Porque el mayoral había quitado los cencerros a los cabestros que Luis había tomado por toros bravos.

Pero, ¿qué podía saber aquel señorito «desgraciao»?

EPILOGO

Tarde de alternativa. Junto a la barrera, al lado de Manuel, Vicente tenía los ojos brillantes como luciérnagas.

—Ahora va a salir el tuyo, maestro. El que cierra la tarde, te sobra. Con que le hagas lo que has hecho al otro te basta y te sobra. ¡Cómo has estado, Manuel de mi alma!

El torero, ahora matador de toros, sonrió.

—Estoy muy contento. Por todo, Vicentico. Por lo que has hecho... ¡granuja! Todavía me río al recordar la faena que le hiciste a ese sinvergüenza de don Luis.

—¡Se la merecía, niño!

El rostro del diestro se ensombreció unos instantes.

—Y lo que has hecho por mí hermana, ¿qué suerte tuve al encontrarte, Vicentico!

—¡Calla, «desaborío»! ¡No digas «chorras»! ¡Yo sí que tuve suerte al encontrarte!

Vicente paseó una mirada por el ruedo que los barrenderos de servicio estaban terminando de limpiar.

—Pronto van a dar la salida al tuyo, Manuel. Espero que la Virgen te dé tanta suerte como con tu primero. ¡Tienes que salir a hombros, mi alma! Fíjate en esa barrera; toda es de nuestra gente: tu novia, su madre, tu hermana, mi mujer... ¡y tu padre! ¡Si supieras lo que me costó convencer a ese viejo tozudo!

—Te debo mucho, Vicentico...

—¡Pues a pagar! Ahora mismo. En el momento en que salga el toro, quiero que hagas la mejor faena de tu vida... mira, están abriendo la puerta del toril.

Se volvió Manuel, con la capa en la mano, la mirada clavada en el negro rectángulo. La mano de un empleado de la plaza golpeó la tabla y, casi en aquel momento, salió el animal, disparado como una flecha.

Se detuvo el toro, antes de iniciar una lenta carrera hacia el centro del redondel.

Despegándose de las tablas, el matador avanzó rápidamente hacia el centro del coso... El astado le daba la espalda, mirando con curiosidad a un peón de brega que agitaba la capa desde un burladero.

—¡Toro!

La bestia se volvió, mirando con fijeza a la esbelta silueta del torero y al remolino de color del trapo.

—¡Cielos!

Manuel se quedó parado, con los ojos inmensamente abiertos. Una intensa emoción le acarició el rostro como una brisa primaveral.

—¡Madre mía! ¡Pero si es el «Ermitaño»!

Porque así era.

La misma estampa, idéntico plante, igual color negro en la sedosa piel. Y los ojos, con aquella mirada profunda, casi humana.

—¡Toro!

Arrancó el cornúpeta, con fuerza. Siguió el volar caprichoso de la capa, hendieron el aire sus pitones agudos. Y se paró, revolviéndose con presteza, lanzándose de nuevo al ataque, rezumando bravura, sin un solo mugido de protesta por no encontrar más que aire al final de su veloz trayectoria.

Y otra vez se paró, antes de embestir, la testuz baja, alzándola luego, al mismo tiempo que las manos, como en la dehesa, cuando jugaba a cornear a los murciélagos a la luz lechosa de la luna.

Se ciñó el Manuel al toro, más y más, obligando al animal a describir círculos cada vez más cortos, en una serie de implacables medias verónicas.

Los olés estallaban en los graderíos como fuegos artificiales.

Manuel dio un par de pases más, ceñidísimos, antes de lanzar el trapo en una amplia revolera, «despidiendo» al toro que se fue detrás del volar multicolor de la capa.

Sonaron los tambores y trompetas.

Entraron en juego los peones de brega, y Manuel se fue hacia la barrera.

—¿Te has dado cuenta, Vicente?

La inquietud se pintó en los ojos del murciano.

—Estás pálido, Manuel. ¿Qué pasa?

—¡Es igual que «Ermitaño»! ¡Mi toro! ¡Mi amigo!

—Debe ser hijo suyo... o nieto, ¿qué más da?

—Es igual que el otro, Vicente. ¡Te lo juro! Es como si le estuviese viendo de nuevo.

—Está bien, Manuel. Cálmate. Déjate de historias y saca a ese toro todo lo que puedas. Ya ves que es un animal al que le sobra casta. Mira... se ha cargado al tercer caballo...

—No quiero mirar. No quiero ver cómo le castigan...

—Pero, ¿qué te pasa, mi alma? ¡Manuel! ¡Por lo que más quieras, hombre! Olvida todo eso. Este toro no es «Ermitaño», aunque se le parezca. No puede existir más que un «Ermitaño». ¡Mételo en la cabeza!

Volvieron a resonar timbales y clarines.

—Anda, coge los palos. El respetable quiere volverte a ver poner banderillas.

—No.

—¿Eh?

—No quiero hacerlo. Que lo hagan los banderilleros. ¡Bastante tendré con tener que matarle!

El público jadeaba, esperando ver al matador con los palos.

—¿Es que no les estás oyendo, Manuel? ¿Quieres estropear el triunfo que has conseguido hasta ahora?

—¡No pondré banderillas!

Silbaron algunos, mostrando su disconformidad ante la negativa del diestro.

Vicente se puso pálido.

—Te estás poniendo el público en contra, Manuel. Cuando cojas la muleta, te van a exigir demasiado. ¡Madre de Dios! Me estás haciendo pasar la peor tarde de mi vida! ¡Dios nos coja confesados!

Tocaron a la suerte suprema.

Muy serio, con la muleta y el estoque en la mano, Manuel se dirigió a los medios y tras saludar, girando en redondo, a toda la plaza, dejó caer la montera en el suelo, mostrando así que brindaba la muerte del toro a todo el público.

La ovación no fue demasiado entusiástica, ya que el respetable no había olvidado aún lo de las banderillas.

Dejaron los de brega suelto al astado, y este trotó lentamente hacia el centro del ruedo en busca de su enemigo.

Manuel miró al toro.

«Señorito», así recordó que se llamaba el astado, tenía la negra piel reluciente de sangre, manchas de bermellón que se extendían hasta las patas.

Una pena profunda se clavó en el pecho del torero, como una daga.

«Pero, ¿qué me ocurre, señor? —se preguntó Manuel angustiado—. Es como si viera a «Ermitaño», herido y sangrando... engañado por la astucia de los hombres, cogido en un cepo mortal...»

El toro, a una docena de metros, jadeante, la cabeza aún alta a pesar del castigo de varas, miraba fijamente al hombre.

No había en los ojos de «Señorito» el menor asomo de rabia ni de ansia de venganza. Hasta le pareció a Manuel que el noble bruto había perdido su bravura. Era, el torero estaba seguro de ello, una profunda mirada de incomprensión...

Algunos malévolos pitidos le hicieron volver a la realidad.

Dio unos pasos hacia el astado, balanceando graciosamente la muleta.

—¡Toro!

Se arrancó el astado, precipitándose hacia la muleta. Tras un par de pases de «compostura», Manuel inició una serie de naturales que borraron del público el mal sabor de boca, haciendo que aplaudiese a rabiar.

Luego vino la serie de redondos, interminables, cuadro dinámico que hacían una sola figura de las dos, las del hombre y la del animal, confundidos en un remolino lleno de luz.

Uno de pecho, desplante y, casi enseguida, una serie de rodillas, jugándose el todo, citando de cerca, con el aliento ardiente de «Señorito» ante la propia cara del torero.

El público rugía de entusiasmo.

De nuevo otras series, variadas, artísticas, en una faena que tenía al respetable pendiente de cada gesto, de cada arrancada, haciéndole vibrar a cada pase.

Tras un magistral de pecho, Manuel se alejó del toro para dejar que descansase, ya que «Señorito» respiraba como el fuelle de una fragua.

Le citó de lejos, clavando las zapatillas en la arena, los tobillos juntos, estatua inmóvil, sin siquiera mover la muleta, que tenía baja, rozando el suelo.

El animal se disparó como una saeta salida de una ballesta. En un instante, Manuel vio que «Señorito» no podía cambiar la trayectoria iniciada y que se le echaba materialmente encima.

Resistió lo que pudo, dispuesto a no descomponer su postura. Y al paso del astado, no pudo evitar que el anca le golpease. El golpe fue terrible, y Manuel salió disparado, rodando por el suelo, perdiendo los trastos en la caída.

Un grito de terror brotó de la garganta de todos los presentes.

El ruedo estaba limpio de toreros y ayudantes. La importancia de la faena, que se hacía casi en el centro del redondel, exigía que matador y toro estuviesen completamente solos.

Todavía volaba el grito de la gente cuando una silueta, que acaba de saltar al ruedo, corría velozmente hacia el centro del coso.

—¡Jesús del Poder! ¡Haz que llegue a tiempo!

Vicente corría que se las pelaba. Vio a Manuel que, medio conmocionado, seguía tendido en el suelo. Y cortando en diagonal, sin pensar en nada más que salvar, como fuera, a su amigo, se dirigió hacia el astado.

—¡Toro!

«Señorito», que se había acercado al yacente matador, embistió al otro. Con rabia, pero sin maldad, propinándole una puntada en el pecho que abrió un abanico de sangre, al tiempo que el mozo de estoque salía proyectado por los aires.

Saltaron al ruedo los peones, acudiendo un grupo hacia el centro del redondel.

El público estaba mudo de espanto.

Y entonces, «Señorito», con paso lento, fue hacia el matador, que

empezaba a recuperarse lentamente. De los graderíos brotó un grito colectivo de terror, ya que todos estaban seguros de que el astado iba a matar a su enemigo.

Pero «Señorito» inclinó la cabeza, oliendo al hombre. Luego se irguió, paseando una mirada calma sobre la arena en la que su sangre ponía collares de brillante grana.

Lanzó un mugido potente.

Luego, al ver acercarse a los de brega, arremetió contra ellos, sin tocarlos, limitándose a hacerles huir, volviendo junto al torero... como si quisiera protegerle.

Manuel abrió los ojos.

Vio, antes que nada, el cuerpo tremendo del astado, que parecía un gigante de negrura a su vera. Y el hombre comprendió lo que pasaba. Y se le llenó el pecho de ternura.

—«Ermitaño»...

Lo mismo que entonces, como si el viejo y buen toro hubiera hecho pasar a su descendiente ese extraño amor que sintió por un niño de cuatro años, al que protegió de la torada.

Manuel se levantó lentamente.

—¡Fuera! —gritó a los peones.

Se fueron las capas, y fue entonces cuando Manuel vio el cuerpo inmóvil y ensangrentado de Vicente.

—¡Madre de Dios!

No pensó en el toro; es decir, no dejó de pensar en él ni un solo instante. Y echando a andar se fue hacia el Vicente, seguido por el astado, que iba tras él como un perro.

El público, con los ojos desorbitados, se mordía los labios de emoción.

Pero nadie hablaba: un silencio tremendo, absoluto, reinaba en la plaza.

Con paso lento, se fue el Manuel hacia su amigo, inclinándose para cogerle tiernamente en brazos. Y, seguido del toro, fue hacia la barrera donde, ayudando por los peones, pasó al herido a los brazos de los camilleros. Manuel se había dado cuenta de que la herida de Vicente no era grave ¡una simple puntada sin mayores consecuencias!

Luego, Manuel se volvió hacia el toro.

La gente contuvo el aliento.

Y el torero, lenta, pausadamente, se acercó al astado, poniendo su diestra en la testuz de «Señorito». Después, con lágrimas en los ojos, se inclinó más, besando el rizado pelo del animal.

Una enorme ovación estalló en el coso.

Y Manuel, con los brazos abiertos, en signo de clemencia, seguido por «Señorito», dio la vuelta al ruedo, yendo a detenerse ante la presidencia, hacia la que alzó el rostro marcado aún por las lágrimas.

—¡Señor presidente! —gritó con voz emocionada—. ¡Pido a Usía que se sirva indultar a este toro!

Debió adivinar o algunos oyeron las palabras del matador, ya que de todos los graderíos brotó el unánime grito.

—¡Indulto! ¡Indulto!

El presidente alzó la mano.

Salieron los cabestros. Hombre y toro se miraron de nuevo. Y Manuel, en voz baja:

—Vendrás a mí finca, «Señorito». Pagaré por ti lo que me pidan... no nos separaremos nunca más, ¡amigo toro!

Fue hacia la barrera, aplaudido a rabiar por el público enfervecido. Y preguntó:

—¿Y Vicente?

—Fuera de peligro —le dijeron—. Su mujer está a su lado.

Iba a saltar la barrera, cuando los capitalistas se le echaron encima. Y le alzaron, llevándole en hombros hacia la puerta grande.

Volvió la cabeza.

Rodeado por el resonar monótono de los cabestros, «Señorito» salía de la plaza. Por la puerta de los corrales. Por la luminosa y humana puerta del indulto.

F I N

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo liquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, dia del mes, dia de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts







MINI RELOJ DE PENDULO

Bellisimo reloj que simula un reloj de pendulo de cuco funciona a cuerda y el pendulo y la palomita superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpatico reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegria a las habitaciones juveniles.

Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.

RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellisimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y dia del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiendome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantias que me ofrece, le ruego me envie a mi domicilio los articulos que le detallo a continuacion, asi como los regalos que me corresponden de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ______ Edad ______

Domicilio ______ Tel. ______

Población ______ Dto. Postal ______

Provincia ______ Fecha de pedido ______

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona

RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, numero del mes, dia del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

Notas

[←1]

Toro negro.

[←2]

Toro con manchas en la piel.

[←3]

Con pies de diferente color.

[←4]

Con el morro de distinto color.

[←5]

La cuerna baja.

[←6]

En aquella época los caballos no llevaban peto.

[←7]

Novillos o terneras desde dos años hasta cumplir los tres.